

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 18 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailiere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

Las noticias que dimos el martes último sobre la invasión del territorio de Méjico por algunos soldados negros al mando del coronel Rice, oficial de estado mayor del general Crowfort, no sólo se confirman sino que adquieren nueva gravedad, por la circunstancia de pertenecer los invasores a las tropas regulares de los Estados Unidos.

Los negros invasores pertenecen en efecto al 118º regimiento de infantería federal. Eran 123, y a pesar de este escaso número hicieron 400 prisioneros en Bagdad, entre los que se cuenta el coronel Rice, su comandante. Dueños de Bagdad los federales rechazaron la cañonera mejicana *Autonio*, y aun mantuvieron su posición contra una fragata francesa. Pero todavía encontraron las autoridades federales de Tejas un medio para reforzar las tropas invasoras enviando doscientos infantes del mencionado regimiento para proteger, según refiere una carta dirigida a la *Agencia Havas*, los ciudadanos americanos residentes en Bagdad. Esta ciudad sigue en poder de las fuerzas americanas, estando ahora ocupada por el 47 regimiento de los Estados Unidos.

A consecuencia de estos hechos el general Mejía se ocupa activamente en fortificar a Matamoros y Weitsel en hacer lo mismo en Brownsville. El Gabinete de Washington habiéndose interpelado por el representante francés, el señor Montholon, sobre estos sucesos, ha respondido «que no sabía nada oficialmente, y por tanto que nada podía responder a las observaciones del representante imperial.»

A tal situación han llegado las cosas entre los Estados Unidos y el Imperio de Maximiliano, mientras la diplomacia francesa se esfuerza en buscar un pretexto honroso para la retirada de las tropas del territorio mejicano. Se nos figura que los yankees, hartos de tantas dilaciones, precipitarán los sucesos en términos que la cuestión mejicana va a tener una solución inesperada que humille y comprometa a Napoleón.

El estado de alarma en que se encuentran con motivo de estos temores los infelices mejicanos no puede ponderarse. Véase el siguiente párrafo de una carta que dirijen a un periódico desde el interior del país:

«Un amigo llegó ayer de Monterey, adonde fué a ver qué resolución llegaba del mariscal Bazaine. Esta llegó por conducto del general Douay, para que todas las tropas francesas desocuparan la plaza, y se retiraran al Saltillo. Tal noticia espantó a todo el mundo: se salieron de la ciudad unos cuatro ó cinco mil del pueblo; los comerciantes todos han mandado el dinero que han podido al mismo Saltillo, y buscan trenes para cargar también efectos; porque la última visita de los desidentes ha quitado las ganancias a todas las clases de esperanzas. No solamente comenzaron a saquear en los alrededores, y una que otra casa en el centro, sino que iban a comenzar el saqueo general después que hubiesen recogido el préstamo de 200,000 pesos. Varias casas de comercio se cerraron, porque los dueños se retiraban al salir los franceses. Con haber dejado estos ciento de los suyos de guarnición, se evitara todo este trastorno, pero parece que el señor Bazaine no quiere ver a sus soldados cerca de los de los Estados Unidos, y lo manda retirar con tiempo, no obstante que hasta ahora, los americanos no han hecho demostración alguna, y ni siquiera han pasado filibusteros.—La confianza se ha perdido completamente, y no sabemos qué hacer.»

Otras cartas recibidas por el último paquete inglés, añade el mismo diario, nos dicen que se generalizan en el país los temores de un conflicto con los Estados Unidos, y la idea de la pronta retirada de las fuerzas francesas.

El fenianismo no deja un momento de tranquilidad al gobierno inglés. Todos los días descubren nuevas pruebas de que la trama es terrible y sin embargo está tan bien urdida que no es posible deshacerla. El domingo último descubrió la policía inglesa un depósito de armas y uniformes en una casa de Londres, y mas armas, con algunos barriles de pólvora, en la estación del camino de hierro.

Los siguientes párrafos de una carta de la capital de Inglaterra confirman lo que sobre este asunto hemos dicho en otras ocasiones y añaden algunos pormenores que no verán sin interés nuestros lectores.

Dicen así: «Hay además otro gran motivo de alarma para el Gobierno inglés en las evoluciones del partido feniano en Irlanda. A pesar de las severas condenas y de las precauciones militares extraordinarias, la autoridad no está tranquila. El estado de sitio rige en muchos condados, y principalmente en Dublín. Las pesquisas y los arrestos continúan, y hasta se dice que el Gobierno va a pedir la suspensión del *habeas corpus* en toda Irlanda; hasta se impiden las obras de caridad en favor de las viudas, mujeres e hijos de los condenados, y se acaba de prohibir el establecimiento de un bazar cuyo producto tenía el indicado destino. Hase considerado como un pretexto de reunión ó de cons-

piración. Yo no comprendo que una venta pública hecha así pueda creerse subversiva. Se cree que Stephens permanece oculto en los alrededores de Dublín, lo cual es un absurdo; pero es posible que la autoridad haga como que lo cree, porque, á pretexto de buscarle, puede descubrir á algunos de sus afiliados. Por una nueva proclama se ofrecen 1,000 libras al que le entregue; otro tanto al que informe á la autoridad de sus pasos; 300 libras y perdón absoluto al que, habiendo favorecido su fuga ó ocultación, descubra el lugar donde se halla.

En verdad, no intento sostener en manera alguna al partido feniano, pero creo, y conmigo la mayor parte de los hombres honrados que conocen á este buen y desdichado pueblo irlandés, creo, repito, que si el Gobierno inglés gastase la misma cantidad para bien de esta comarca que el que gasta para perseguirla, todo iría mejor.

En tiempo de Carlos I, la población de la vasta isla de Irlanda que había sido de cerca de 1,400,000 habitantes, se redujo á casi la mitad. Después se elevó nuevamente á aquel número, pero la gran hambre que se experimentó de 1847 á 1849 redujo considerablemente dicho número, porque la emigración tomó unas proporciones fabulosas en aquella época.

El Clero católico, á pesar de las persecuciones se aumentó en toda Irlanda. En Limerick se cuenta un aumento de 30 por 100 y casi otro tanto en toda la diócesis. Se construyeron buenas iglesias, pero á espensas de los feligreses. Sin embargo, el número de iglesias aun no está en proporción al número de feligreses. Bien se necesita un Sacerdote por cada 2,000 personas. Los pastores son venerados como siempre, y se les trata con gran veneración.»

### TELEGRAMAS.

PARÍS, 6.—Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 217; el 3 por 100 portugués á 45 3/4; el cambio sobre Lisboa á 539; el 5 por 100 italiano á 6,170; el crédito territorial francés á 1,310; el crédito mobiliario francés á 780; el español á 430; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 47; y el del Norte de España á 168.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 34 1/2, y en Amberes á 33 1/2.

PARÍS, 7 (por la noche).—Las noticias de Londres alcanzan al 7.

El conde Grey reemplaza á lord Wood. Lord Stansfeld ha sido nombrado subsecretario de las Indias.

ROTTERDAM, 7.—Una fragata holandesa vigila á la fragata *Independencia*, corsario chileno, delante de Terneusem.

NUOVA-YORK, 27.—Crowford, el jefe de las fuerzas negras que invadieron á Méjico, ha sido arrestado en Nueva-Orleans, y luego internado y preso en el fuerte Jackson por orden del general Sheridan.

Mr. Seward ha llegado á la Habana el 20. El buque *Meteoro* sigue detenido por las autoridades como sospechoso de ser corsario chileno.

El algodón está á 48.

PARÍS, 8.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 34 7/8; el exterior, á 40 0/0; la ditiada, á 34 3/4; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 68-75, y el 4 1/2, á 98-65.

LONDRES, 8.—Los consolidados ingleses quedaban de 85 3/4 á 78.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 9 DE FEBRERO DE 1866.

### ESTUDIO sobre la historia económica-política de España.

#### XVI.

#### VERDADERAS CAUSAS DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVII.

##### Exceso de los impuestos.—Causa financiera.

Además de la depreciación de los metales preciosos, hizo de todo punto imposible la competencia de los productos españoles con los extranjeros, la exorbitancia de los impuestos, cuyo gravamen fué tan enorme, principalmente en las veintidós provincias de León y Castilla que constituían el núcleo de la Monarquía, que por sí solo esplica la decadencia y ruina de la producción española.

Fué este hecho tan notorio, que el Consejo de Castilla, en su consulta tristemente memorable de 1619, señalaba como la primera causa de los males que afligían al reino la carga intolerable de tributos que oprimía á los pueblos. Después de reconocer que la Corona se iba totalmente acabando y arruinando, decía, «la causa de ello nace de las demasiadas cargas y tributos impuestos sobre los vasallos de V. M., los cuales, viendo que no los pueden soportar, des fuerza que hayan de desamparar sus hijos y mujeres, y sus casas, por no morir de hambre en ellas, é irse á las tierras donde esperan poderse sustentar, faltando con esto á las labores de las suyas y al gobierno de la poca hacienda que tenían y les había quedado.»

El mal prosiguió cada vez más funesto, tanto porque las imposiciones se aumentaron, como porque había de ser más oneroso el gravamen cuanto menor fuera la producción nacional.

Martínez de la Mata, deplorando el exceso de las imposiciones, destinó su segundo discurso á probar, entre otras cosas, «que casi todo el

valor de las mercaderías entró en la Real Hacienda en debidos tributos;» y que no pudiéndose satisfacer estos, por ser tan desmedidos, de las utilidades ó rentas de cada uno, sino de los capitales, era forzoso que con el tiempo se acabaran totalmente las haciendas y vasallos.

Numerosos ejemplos pudiéramos citar para demostrar hasta donde llegó la cuota de las exacciones.

Uztáriz (*Teórica y Práctica de Comercio*, capítulo 78.) refiriéndose á una certificación del intendente general de Granada que tenía en su poder, en la que se expresaba las cuotas que satisfacía la seda por razón de los derechos de punto fijo, alcabala, cientos, taitil, arbitrio, torres de la mar, jeliz, y demás con que estaba gravada, dice «valiendo 27 reales la libra de seda, cuando no se le han cargado los derechos, paga por ellos 17 reales y 16 maravedíes, aun antes de tejérle, lo que corresponde á más de 60 por 100 de su valor.» Además de estas cuotas, según Ulloa, tenía que satisfacer la seda cuando era llevada á Sevilla para ser tejida, «otros 14 reales en libra que con los antecedentes suben á 28 reales y 16 maravedíes; y no habiéndole valido al criador más que 27 reales es constante que importan más los derechos de este simple que su valor principal (*Restablecimiento de las fábricas*, lib. I, cap. 5.)»

No ménos insoportables debían ser las cargas que pesaban sobre la cosecha de azúcar, pues refieren los autores que llegó el caso de tener que arrancar los cultivadores andaluces las haza de cañas de azúcar, «dejándolas perder por no poder mantenerlas, porque se perdían con las gabelas;» y Uztáriz (cap. 94) atribuye también la ruina de esta producción, muy floreciente en otro tiempo, á haberla gravado excesivamente con el derecho de alcabala y cientos, y el impuesto del millon establecido el año 1650.

Ulloa hace patente con un ejemplo hasta qué punto hacia imposible el ejercicio de la industria el pago rigoroso de los derechos de alcabala y cientos, ó sea el 14 por 100 que en toda venta tenía que satisfacer al Estado el vendedor.

Dedicado un tejedor á fabricar una tela denominada manto podía hacer al año, dice, mil doscientas varas, en las que ganaba, á real por vara, 1,200 rs. Mas después al vender dicha tela al precio corriente de 8 rs. vara, tenía que pagar 1,544 rs.; de suerte que le importaba la contribución 144 rs. más que lo que ganaba, y le tenía más cuenta no trabajar (cap. 3, cit.).

Ulloa sostiene que las alcabalas y cientos eran la más ruinosa de todas las contribuciones establecidas en España, y sin duda alguna fueron un impuesto desastroso para la industria y el comercio, objeto de sus investigaciones. Había, no obstante, otro impuesto que, en nuestro concepto y en sentir de los políticos españoles en general, fué todavía más funesto. Este fué el servicio de millones, onerosísima contribución de consumos, otorgada por el reino á Felipe II en las Cortes de Madrid de 1588, como subsidio extraordinario y perpetuado después por sucesivas concesiones, que gravitaba sobre la carne, aceite, vino, vinagre, jabón, velas de sebo y algunos otros artículos.

Cuán excesivo era este impuesto, puede deducirse de otro ejemplo que cita Alvarez Osorio en su *Extensión política y económica* (punto I). Cada arroba de vino, que tenía de coste al cosechero cinco ó seis reales, pagaba en Madrid doce reales y medio; de suerte que, como no pasaba su precio corriente de diez y siete reales, ó no había de sacar quien lo vendiese en la corte utilidad ninguna, como retribución de su trabajo y capital, ó no podía pagar al cosechero ni aun el coste de producción del vino, «por lo cual se pierden y dejan perder las viñas, por no poder labrarlas.»

La recaudación de las contribuciones se verificaba de dos maneras, por la administración ó por arrendamiento; siendo en general los cobradores gente desalmada, «bajada de las gradadas de la Inquisición.» Unos y otros se conducían de tal suerte que, al leer en los escritos de aquella época el relato de sus violencias, extorsiones y amaños, el ánimo perplejo duda quienes procedían mas escandalosamente.

De los arrendadores no podían formularse quejas más amargas, ni pudo dirigírseles cargos más terribles. De los delegados del Gobierno basta decir se conducían de manera que para cobrar cincuenta devengaban de costas más de doscientos; pues no estando á sueldo fijo, además del impuesto había de pagar el infeliz contribuyente las costas de su cobranza.

De los unos y los otros, decía Alvarez Osorio, eran langostas perpétuas que talaban los lugares de España y los saqueaban con capa de servir á S. M. «Entraban en ellos, intiman sus co-

misiones á las justicias, ellas les suplican tengan misericordia de sus moradores que están con mucha necesidad. Y luego que toman el uso dicen que á ellos no les toca dispensar ni hacer gracias; que traen orden de cobrar con todo rigor las cantidades que deben los lugares, y también han de cobrar sus salarios. Y se van entrando por las casas de los pobres labradores y demás vecinos; y... les quitan el poco dinero que tienen; y á los que no tienen les sacan prendas, y donde no las hallan les quitan las pobres camas en que duermen; y se detienen en vender las prendas todo el tiempo que pueden....

Los saqueos referidos van continuando, obligando á los más vecinos de los lugares á que se vayan huyendo de sus casas, dejando baldías sus haciendas de campo; y los cobradores no tienen lástima de todas estas miserias y asolaciones, como si entraran en lugares de enemigos.

Las casas que hallan vacías, si hay quien las compre, las venden; y cuando no pueden venderlas las quitan los tejados, y venden la teja y madera por cualquier dinero. Con esta destrucción general no han quedado en pie en los lugares la tercera parte de casas.» (*Discurso universal de las causas que ofenden la Monarquía*, punto 2.º)

Esto hacían los delegados de la administración. Calculen nuestros lectores cómo se conducirían los arrendadores que, cobrando por su propia cuenta las contribuciones, tenían mayor interés en aumentar sus rendimientos. Inauditas debieron ser sus violencias cuando los políticos los atacan aún más duramente que á los recaudadores del Gobierno.

Y lo más deplorable en aquel caos financiero era que de tan enormes exacciones sólo percibía el Gobierno una mínima parte, principalmente en la contribución de millones.

En el discurso sétimo de Martínez de la Mata, se lee que en una Memoria, presentada por el Gobierno á las Cortes de aquel año, decía S. M. que de diez millones de ducados que el reino le rendía no percibía ni tres y medio. En una carta escrita á Felipe IV por el Cardenal Moscoso y Sandoval en 1656 (*Semanario Eru-dito*, tomo XII, cap. 235) se refiere que los ministros manifestaron al Rey que en la forma que tenían los tributos apenas llegaba la décima parte de lo que imponían. El marques de los Vélez, en una Memoria presentada á Carlos II, declaró asimismo que no percibía el Gobierno la sexta parte de lo que pagaban los pueblos.

Por último Alvarez Osorio, en el pasaje antes citado, dice hablando de los receptores: «Con lo que importa el dinero y las prendas no les alcanza á muchos para sus salarios en algunos lugares; y en otros quedan para vuestro majestad cortas cantidades de maravedíes. Y ajustadas todas las cuentas le tocarán á V. M. diez reales de cada ciento de este saqueo general.» Igualmente quejas encontramos en todos los escritores que en el siglo XVII abogaron por una reforma del régimen financiero, y en particular por la supresión del impuesto de millones.

En la recaudación de las contribuciones, según el contador Antolin de la Serna, Diego Gonzalez de Villoslada y otros, se ocupaban de 150 á 160,000 personas, si bien algunos bajan su número á 100,000. Aun aceptando esta cifra, que es la menor que señalan Mata y A. Osorio, y calculando con este en 500 ducados anuales el salario de cada uno, resulta puede asegurarse que cuando ménos costaba la recaudación 50 millones de ducados, ó sean 530 millones de reales; muchísimo más que los ingresos del Erario.

El importe total de las costas, salarios y defraudaciones de la recaudación general de ingresos, fué calculada por Alvarez Osorio en la fabulosa suma de sesenta millones de pesos cada año (*El Celador general*, punto 2.º). Desde luego suponemos muy exagerado este cálculo, como otros de dicho autor; pero es indudable, pues consta por el testimonio unánime de los políticos de aquella época, que ascendían á una suma enorme.

El mismo A. Osorio (loc. cit.) refiere los amaños que usaban en sus defraudaciones. Aun cuando autoridades celosas y honradas sacasen á subasta los arrendamientos de impuestos, los asentistas se confabulaban para rematarlos en cantidades insignificantes; después hacían pagar á los vecinos seis veces más tributos que los debidos; y cumplidos los arriendos, decían que se habían arruinado y se quedaban con la mayor parte de lo que debían entregar al Gobierno, á veces con cuarenta y cien mil escudos. Igualmente solían alzarse con los fondos públicos los receptores de la administración, los alcaldes y regidores de los lugares. Y era lo peor

que en tales casos llegaban á repartirse (1) de nuevo los tributos á los infelices vecinos, que de este modos los pagaban dos veces, «ladronera introducida nuevamente para acabar de destruir todos los vecinos de los lugares.»

Así era como los asentistas que principiaban «con sólo su capa en el hombro, arimados á cortos arriendos», en breve hacían asentios por millones; y los que, como el siciliano Scattini que cita Mata, salían de su tierra vendiendo clavos y sombreros, volvían á comprar ciudades importantes con el título de duque. Todavía, en el siglo XIX, pudieran citarse casos muy semejantes.

Para asegurarse la impunidad (continúa Osorio) «procuran regalar á algunas personas superiores, para que intercediendo por ellos, en caso de necesidad, les guarden las espaldas.» De tal suerte lograban se les perdonase por haberse perdido en servicio de S. M.

La corrupción y el fraude alcanzaban á los más elevados funcionarios. En el reinado de Felipe III se procesó á algunas de las personas más tachadas de cohecho, y hubo Consejero de Hacienda, el conde de Villalonga y de Villafrañeza, que fué condenado al pago de 1,406,259 ducados. Y del valido que entonces mismo regia los destinos de la nación, del duque de Lerma, en cuya privanza se siguieron estos procesos, se cuenta que llegó á reunir sólo de donativos la suma de 44 millones de ducados, ó sean 484 millones de reales.

Además de la administración y cobranza de las contribuciones, había otro medio por el cual los llamados *hombres de negocios* saqueaban á la nación, á saber, los contratos celebrados con el Gobierno por anticipación de fondos, servicio conocido hoy bajo el nombre de Deuda flotante.

En estos contratos, involucrados entonces con los asentios ó arrendamientos de contribuciones, solían llevar á veces hasta el 40 por 100; pero esto era lo ménos censurable. No hace muchos años que todavía hemos pagado por la Deuda flotante ese interés próximamente. El fraude escandaloso, que entonces se cometía con este motivo, era el que expuso la villa de Medina en un memorial elevado á Felipe III en 1606, según refiere Sancho de Moncada (*Discurso IV*, cap. 6). «Desde el año 1589 usaron (los asentistas), dice Moncada, socorrer al Rey nuestro Señor tomando en resguardo Juros, condicionando en los asentios que al tiempo de la paga cumpliesen con volver otros tantos Juros, y los que tomaban en resguardo vendían por vidas, y con el dinero que de aquí sacaban hacían el socorro, y al tiempo de la paga buscaban Juros incoobrables que compraban á 8 y á 9 (por ciento) y los volvían á su majestad por todo el valor riguroso.»

Daba, pues, margen á este escandaloso fraude la circunstancia de haber entre los títulos de la Deuda nacional, denominados *Juros* en aquella época, clases de muy diverso valor, pues unos se pagaban y otros no. Los asentistas, en garantía de los contratos de anticipación de fondos que celebraban con el Gobierno, recibían Juros que se pagaban puntualmente; los vendían y con su producto hacían el préstamo al Gobierno (al 30 ó 40 por 100), y después cuando tenían que devolver los títulos que habían recibido como resguardo ó garantía, devolvían Juros de los incoobrables que se vendían al 8 ó 9 por 100.

Tal es el fraude denunciado por la villa de Medina. No podemos creer que esta fuera la regla general, pero que á menudo se cometían este y otros semejantes, lo demuestran las quejas de Moncada, M. de la Mata, A. Osorio y otros, y esto supone que el desquiciamiento financiero no podía rayar más alto.

De los capitales que así se formaban, no resultaba á España ni aun la utilidad que hubieran reportado quedándose en la nación consagrados á la agricultura, la industria y el comercio.

Como la mayor parte de los hombres de negocios eran extranjeros, casi todas las fortunas creadas de esa suerte iban al extranjero á colocarse, á engrandecer á otras naciones, á expensas de nuestra patria.

En cuanto á las sumas que pudieron reunir los receptores y asentistas españoles (mucho menores sin duda), gran parte se invertía en el sostenimiento de sus familias. El resto, ó sean los capitales que ahorraron, no pudieron consagrarse en España á ninguna empresa productora, porque, como estamos exponiendo, se hallaba completamente arruinada la producción nacional. La única colocación que se les ofrecía era la Deuda pública, y este debió ser

(1) Estos repartimientos provienen de una de las formas de la recaudación de las alcabalas, cientos y millones, que era el *quebrantamiento*. El pueblo en tal caso, abonaba á la Hacienda por estos conceptos una cantidad alzada, que después se repartía entre los vecinos.



el empleo que probablemente tendrían, viniendo a parar también por este cauce al extranjero, que eran donde se invertían las sumas que absorbían nuestras incansables guerras, y donde la mayor parte de los hombres de negocios colocaban los capitales defraudados al Erario español.

En resumen: tales fueron las exacciones que no es de extrañar, en efecto, que el desorden de nuestra Hacienda haya secado los manantiales de la riqueza pública, antes debíamos maravillarnos de cómo no ha sido mayor la ruina y tal que no hubiese quedado piedra sobre piedra.

La causa de tantos males no fué, en fin, los excesivos gastos verificables por el Gobierno español en el siglo XVII. En tiempo de Carlos II, los gastos de la Real casa apenas pasaban de 4.200.000 escudos, ó sean 12 millones de reales; el presupuesto ordinario del Estado descendía hasta 40 ó 50 millones de reales (fuera de la deuda pública y del culto y Clero.) El presupuesto general, formado por el marques de los Velez para el año de 1699, incluso los gastos extraordinarios ocasionados por la guerra promovida contra Luis XIV por la liga de Augsburgo, fué de 405 millones de reales.

Tan reducidos eran los gastos del Estado en los siglos anteriores, que en los planes de reformas rentísticas, se partía del presupuesto de haber sobrado para cubrirlos con un 5 por 100 próximamente de las rentas, en el célebre proyecto de contribución única del siglo pasado, sólo con un 4 por 100 se pretendía gravarlas.

La ruina provenía de los escandalosos abusos de nuestro régimen financiero, abusos que continuaban a pesar de haber muy honrados ministros y contadores; pero unos los ignoraban y otros no podían remediarlos, siendo notorio, según A. Osorio, que *había sucedido muy mal á muchos contadores que llevados de su celo lo intentaron.*

Además, los abusos y fraudes eran innumerables, y estaban enlazados unos con otros, invertidos en el régimen financiero y sostenidos por los hombres de negocios á quienes el Gobierno necesitaba á cada instante para salir de apremiantes urgencias.

Para cortarlos era necesario variar radicalmente el sistema general de impuestos, ó al menos una probidad y energía de acción que no podía esperarse de los favoritos de aquel tiempo.

A las grandes reformas se oponía en primer lugar el empirismo *jurisperito* del Consejo de Castilla, como lo demuestra la consulta de 1688 en que se opuso á la supresión de los millones propuesta por el marques de los Velez, que será testimonio eterno de su incapacidad financiera.

Y tanto para las reformas, como para la extirpación de los fraudes y de los abusos, se necesitaban ministros inteligentes y probos. Nada podía esperarse de validos tales como los que en el siglo XVII privaron con nuestros Reyes; tanto menos, cuanto merced á una funesta granjería de empleos, los funcionarios que debían evitar los fraudes, solían haber comprado sus cargos, y mirándose como industria, solo trataban de aumentar sus rendimientos.

NARCISO MUÑOZ DE TEJADA.

Llevo ayer los honores de la sesión el señor marques de Vaamonde pronunciando uno de los mejores discursos de esta legislatura. Tuvo que interrumpirlo para descansar algunos momentos, por el mal estado de su salud, y aun después de curada la sesión, se sintió indispuesto. Hoy continúa en el uso de la palabra y quiere Dios darle fuerzas para defender la santa causa de la Iglesia.

Dos partes tuvo el discurso del Sr. Vaamonde. En la primera trató de las cuestiones políticas; en la segunda, del reconocimiento del llamado reino de Italia. De esta nada tenemos que decir que no sea en elogio del distinguido senador: sus razonamientos fueron sólidos, su expresión enérgica, su entonación valiente. En la segunda parte estuvo el marques de Vaamonde á la altura de un verdadero senador católico. Le felicitamos por ello cordialmente.

Sentimos á par del alma no poder hacer lo mismo por la primera. En ella vimos al señor Vaamonde convertido en adalid del partido moderado, más ardiente de lo que conviene á tan ilustre defensor de la Iglesia y de los derechos del Soberano Pontífice; vimos al hombre de partido, al hombre político en la acepción que hoy se da á esta palabra, con ciertas preocupaciones y ciertas debilidades impropias de quien un momento después iba á hacer la defensa más brillante del poder temporal del Sumo Pontífice que se ha hecho en la presente legislatura. Muy bien hizo el orador en dejar para la segunda parte de su discurso la cuestión del reconocimiento del llamado reino de Italia; así logró desvirtuar en algún tanto la mala impresión que nos produjo la primera. Pero aun así y todo, vemos en el discurso del Sr. Vaamonde dos partes heterogéneas, sin conexión, casi mal avenidas, dos partes, en fin, que nadie diría que son de un mismo autor.

Conviénase el Sr. Vaamonde: la defensa de un partido que tiene á gloria el ser liberal, y que lo quiere á cada paso; que no reconoce la omnimoda libertad é independencia de la Iglesia para predicar la doctrina verdadera y advertir á sus hijos los errores de que deben apartarse; que tolera la licencia de la imprenta, y que no atiende á las reclamaciones de los Prelados respecto á la enseñanza en las escuelas

del Estado, la defensa de ese partido, decimos, no sienta bien en boca de un católico del temple del Sr. Vaamonde. Acaso un noble propósito de ver si se atrae á cierta fracción del partido moderado más afecto á la causa de la Iglesia, podrá disculpar su conducta; pero tenga entendido que nada atrae tanto como la verdad, expuesta claramente sin ambages ni rodeos. No transija el Sr. Vaamonde ni siquiera en el nombre, empeñándose en llevar el de moderado, que no le corresponde, y mucho menos aceptando mancomunidad con un partido del que realmente se le va desprendiendo.

#### Leemos en El Español:

«La Regeneración, al tratar de las discusiones de la alta Cámara con motivo de la enmienda del Sr. Seijas, dice mil sandeces y falsedades respecto al partido moderado.»

Los neos cumplen con su obligación faltando á la verdad. Más valiera que los Obispos hubiesen cumplido con la suya, viniendo al Senado, donde tienen asiento, á discutir y sostener los derechos del Soberano Pontífice.»

Dejamos á La Regeneración que se defienda si gusta de los insultos del diario moderado: el periódico católico sabrá hacerlo con su acostumbrada maestría. Pero el segundo párrafo nos atañe á todos, y todos debemos protestar contra él.

«Valiera más que los Obispos hubiesen cumplido con su obligación viniendo al Senado, donde tienen asiento, á discutir y sostener los derechos del Soberano Pontífice!»—Aquí tenemos ya al desnudo una fracción al menos del partido moderado, y no decimos todo el partido, porque estamos seguros de que algunos de sus individuos, algunos de sus periódicos, rechazarán su irrespetuosa salida de El Español, que aun en las columnas de La Discusión de La Iberia, nos causaría extrañeza.

Esa fracción política no ha tardado mucho en arrojar la máscara que ha llevado estos días para conquistar votos en el Senado. Afortunadamente no nos engañó, y pudimos dar á tiempo la voz de alarma. La conducta de esa fracción es la plena confirmación de cuanto expusimos acerca de los inconvenientes de debatirse en aquel alto Cuerpo la enmienda del Sr. Seijas Lozano, en perjuicio de la más franca y católica del Sr. Huet.

¿Cómo! Los católicos de ayer, los religiosos, los piosos de hace tres días, los defensores de los derechos de la Santa Sede, vienen hoy osando enseñar sus deberes á los Obispos!

La hipocresía no ha durado en ciertas gentes más que la esperanza de poder especular con la mentira. Se perdió la votación, y se acabó la farsa. Ahora una parte de los ardientes defensores de la Santa Sede se volverán tan liberales y tan unitarios, si se ofrece, como Garibaldi.

Esto al menos se desprende de su inconfundible conducta, la cual, repetimos, tienen que rechazar otros moderados, si no quieren que los alcance la responsabilidad de agresión tan injusta contra los venerables Prelados senadores del reino.

El Espíritu Público, que hemos recibido después de escrito el precedente párrafo, protesta en efecto contra El Español, y dice:

«Y es este el lenguaje que sabe usar el órgano que dicen que es del Sr. Gonzalez Brabo, cuando se ocupa del Episcopado español tan respetable y digno de veneración por su elevadísima jerarquía como por su virtud y ciencia?»

Y es este, repetimos, un diario moderado?»

Preguntaba ayer el Sr. Hurtado en la sección cuarta, al elegirse el diputado que ha de formar parte de la comisión para informar sobre el proyecto de ley de caducidad de crédito, por qué causa en dicho proyecto se admiten las reclamaciones hechas por *empresas inglesas hasta 1852*, cuando las disposiciones vigentes establecen que no se admitan más reclamaciones que las justificadas hasta 1824.

A esta intencionada pregunta, que nada pudieron contestar los diputados ministeriales concurrentes á la sección, añadiremos la noticia de que en la suya respectiva el Sr. Ardanaz, no obstante su posición oficial, tuvo la franqueza de declararse adverso al proyecto de caducidad de créditos, el cual parece que habrá de sufrir notables modificaciones.

#### Leemos en El Leon Español, diario moderado:

«Con general sorpresa se ha visto que los señores senadores duque de Bailen, conde de Balazote, duque de Ahumada, conde de Expeleta, general Lema y Goicoerrotea, que durante otros ministerios se han negado hasta ir al Senado los días en que se ventilaban cuestiones de orden público y otras que afectaban las más altas instituciones, alegando el fútil pretexto en aquellas circunstancias de que la posición especial que ocupan les vedaba emitir sus votos en la alta Cámara; con general sorpresa, repetimos, se les ha visto votar ahora en favor del reconocimiento del reino de Italia, y en contra de lo que ha pedido todo el Clero español, porque así apoyaban al actual Gabinete.»

Según parece, mañana terminarán en el Senado los debates acerca de la contestación al discurso de la Corona, y el miércoles de Ceniza principiarán en el Congreso por la enmienda del Sr. Nocedal.

De una carta de Londres que publica La Política, tomamos lo siguiente:

«A los corsarios de cuya salida de estos puertos ha dado aviso al Gobierno el ministro plenipotenciario de España en Londres, no es dudoso que pronto habrá

que añadir otros, no menos formidables que El Eagle y El Hussar, que se preparan, no sólo en Inglaterra, sino en los Estados Unidos.»

Nos parece infundado el temor del corresponsal de La Política, sobre todo después de las noticias que publicamos hace dos días dando cuenta de hechos de Inglaterra y los Estados Unidos, que manifiestan el propósito de guardar la neutralidad que es debido entre España y Chile.

La misma carta de Londres dice lo siguiente:

«La complicación que á la guerra de Chile trae el elemento de los corsarios, tiene por origen una falsa apreciación de principios y de conveniencia hecha por España, relativamente á la adopción de la cláusula del tratado de París de 1856, que pone fin al corso en todas las guerras que puedan sobrevenir entre los Estados que hubiesen aprobado y suscrito aquella disposición. El Código que regula el derecho de gentes. Chile figura entre las naciones que se sujetaron á dicha prescripción; pero como España, según afirma hoy el Times, no admitió el nuevo principio, Chile ha podido usar contra ella de un arma de la que, en el caso contrario, no hubiera podido servirse. Es presumible que cuando el Gobierno español quiso conservar para sí el derecho de armar en corso, pensó en la contingencia de una guerra marítima con potencias cuyas fuerzas de mar aventajan á las de España y cuyo vasto comercio ofreciese campo para abundantes represalias; pero la suerte lo ha dispuesto de otra manera, y tocó á una potencia diminuta y sin marina mercante, como lo es Chile, volver contra España la existencia de un derecho de guerra que no existiría si el Gobierno de Madrid hubiese aceptado la cláusula prohibitiva del tratado de París.»

De La Correspondencia de España tomamos las siguientes líneas:

«Ello no queda ya duda alguna de que el Gobierno español expedirá patentes de corso contra Chile á favor de los buques de nuestra marina mercante que la soliciten. Para hacerlo aguardará á saber por algún acto que Chile ha recurrido á este medio para hacerlos la guerra.»

Un periódico de Francfort ha publicado un artículo sobre el apresamiento de la Covadonga, con el siguiente epígrafe: «Robo de la corbeta española la Covadonga.»

En él censura enérgicamente el hecho de haber izado la Esmeralda bandera inglesa y dice á este propósito lo que sigue:

«Es evidente, pues, que el Gobierno inglés, no sólo para evitar que en lo sucesivo se repitan un ejemplo y un antecedente de tan mala especie, sino ante todo para conservar incólume su propia dignidad, pedirá á Chile, además del castigo severo que merece el capitán de su fragata, otra cumplida satisfacción, exigiéndosele con amenazas en caso de negativa.»

En el discurso de apertura del Parlamento inglés, la Reina confirmó que España había aceptado los buenos oficios de su Gobierno y del Emperador de Francia para un arreglo pacífico de la cuestión de Chile. Hé aquí sus palabras:

«Deploro el rompimiento entre España y Chile. Los buenos oficios de mi Gobierno, de concierto con los del Emperador de los franceses, han sido aceptados por España, y mi mayor deseo es que las causas del disgusto puedan desaparecer de una manera honrosa y satisfactoria para ambos países.»

Las secciones del Congreso se reunieron ayer á las dos y media para constituirse y nombrar las comisiones sobre los últimos proyectos de ley presentados. Componen la comisión para el proyecto de la Caja de depósitos los Sres. Udaeta, Antón Pascual, Camacho, Gishert, Gener, Moreno Lopez y Bernar.

La comisión de caducidad de créditos se componerá de los Sres. Sancho, Herrera, La Rúa, Rivero Cidraque, Gonzalez Marron, Estrada y Lopez Ballesteros.

Las de incompatibilidades cuenta á los Sres. Navasquez, duque de Frias, Ballester, Rivero Cidraque, Benedito, Polanco y Entrambasaguas.

El Sr. Navasquez ha sido elegido en competencia con el Sr. Udaeta, candidato ministerial, y en la sexta sección, donde lo era el Sr. Polanco, habria sido elegido el Sr. Casaval, sin su decisión de no aceptar la teoría que la sección quería conferirle.

Estas secciones han autorizado la lectura de una proposición del Sr. Piz para que se comprenda entre los bienes exceptuados de la desamortización del patrimonio de la Corona, la capilla de Santa Agueda de Barcelona; la del proyecto de orden público del señor Casaval; la del Sr. Nocedal sobre incompatibilidades parlamentarias, y la del Sr. Cuesta sobre redención de afijos de Galicia.

#### Leamos en La Epoca:

«La comisión del Senado que debe dar dictamen sobre el proyecto relativo á asociaciones públicas, parece que tiene ya redactado aquel, y si bien no ha hecho diferencias sustanciales en dicho proyecto, le ha dado nueva redacción más meditada y lógica que le dió el Gobierno. El secretario de dicha comisión, Sr. Cardenas, es quien ha estudiado el asunto y escrito de nuevo el referido proyecto. Hemos oido decir que procurará probar en el curso del debate que la legislación inglesa sobre asociaciones públicas es mucho más rigurosa que la que se establece por dicho proyecto de ley. Tan pronto como la comisión se reúna con el gobierno para darle cuenta de su dictamen, se leerá este al Senado.»

El Comercio de Cádiz publica una interesante correspondencia de Madrid. Dícese en ella que hay motivos para creer que el ministerio se ha afirmado en estos días por algún tiempo, aunque no por mucho; que las economías que se hacen en los presupuestos son de noventa á cien millones de reales, suprimidos diez mil hombres en el ejército, y de un ocho á un diez por ciento en los gastos de los demás ministerios. Cree este corresponsal, que el proyecto de ley de imprenta se modificará un tanto en la comisión del Senado; pero que tendrá mayoría en ambas Cámaras. Por ahora no juzga que la oposición del Congreso sea muy importante; pero sospecha que de aquí á dos meses surgirán divisiones en el seno de la mayoría. También presume que el fusilamiento del capitán Espinosa será el último suceso de esta clase que tendrá lugar en Madrid.

Los oficiales, sargentos y paisanos españoles que al mando del general Prim se han refugiado en el reino de Portugal, han sido los siguientes:

Brigadier.—D. Lorenzo Milans del Bosch.  
Comandante de artillería.—D. Manuel Pavía.  
Teniente licenciado, cesante del resguardo de Hacienda pública de Puerto-Rico.—D. José Marelo.  
Capitan de infantería.—D. Bernardo del Amo.  
Teniente de infantería.—D. Julio Valarde.  
Sargento segundo de ingenieros.—Juan Infante.  
Otro de caballería.—Juan Navarro.  
Auditor de guerra.—D. Francisco Monteverde.  
Mozo de la factoría de utensilios de Aranjuez.—Gerónimo Tomez.

Sargento segundo de idem.—Julio Langa.  
Voluntarios.—D. Antonio Candalija, D. José Jové, D. Pio García, D. Vicente Gomez, D. Marcelino Larriera, D. Francisco Cuaribao, D. Francisco Delgado, D. José Sanchez, D. Fructuoso Estecha, D. Julian Cuesta, D. Ignacio Sanchez, D. Juan Torrejocillo, D. Juan Mellado, D. Agapito García, D. Justo Rey, don Miguel Saco, D. Eusebio Rey, D. José Almaraz, don Felipe Martinez y D. Joaquin Colomer.

Redactores del periódico La Iberia.—D. Carlos Rubio y D. Federico Gomez.

Del regimiento húsares de Bailen, el capitán don José Gonzalez Terreros; los tenientes D. Manuel Marco y D. Jesús Oñoro; los alféreses D. Pancracio Casero, D. Juan Rodriguez Belmonte, D. Alberto Racas, D. Francisco Jimenez y D. José Sellés; los sargentos primeros Laureano Calderon (brigada), Francisco Muñoz, Miguel Roldán, Joaquin Pomar y Jesús Villarroel; los sargentos segundos Juan Torres, Bernabé Cayen, Mariano Samper, Gregorio Martinez, Manuel Navarro, Gabriel Fernandez, Domingo Jerez, Mariano Martinez, Francisco Vega, Sebastian Lamy y Raimundo Iglesias.

Del regimiento de Calatrava, 2.º de húsares, el comandante D. Antonio Bastos; el capitán D. Luis de la Mar; el teniente ayudante D. Manuel Sanchez; los tenientes D. Manuel de la Cruz del Hierro y D. Manuel Abenza; los alféreses D. Braulio Campos, D. Nicolás Alderete y D. Joaquin Gironza; los sargentos primeros Enrique Ortega (brigada), Joaquin Lopez y Lorenzo Lacas; los sargentos segundos Pedro Rasso, Enrique Guerrero, José Saganta, José Miguel, Blas Rodriguez, José Enrique Alonso, Cecilio Jimenez, Manuel Grau, Aniceto Guicoles, Isidro Moqueres, Francisco Melgar, Felipe Viedma, José Fernando Casanova y Manuel Orovía.

En resumen, han entrado en Portugal: De E. M. G. 34 individuos; de Húsares de Calatrava 399, y de Bailén 288, ó sean 713 personas.

Es de advertir que á su entrada en Portugal los oficiales llevaban las divisas de un doble ascenso efectivo, los sargentos primeros al empleo de capitanes, y los sargentos segundos de tenientes y subtenientes, lo que explica cómo en los estados que traen los periódicos portugueses aparecen entre los emigrados españoles tantos jefes y oficiales.

La Correspondencia contesta ántes de ayer que el duque de Valencia se marchaba á Loja; hoy dice que no es cierto, porque el general no piensa abandonar su puesto en el Senado. También anunció que marchaba el general Lersundi poco menos que desesperado por el resultado de la votación del Senado. Hoy asegura también que vuelve dentro de tres ó cuatro días.

La Gaceta de este día inserta la relación de las provisiones de piezas eclesiásticas que han tenido efecto por nombramiento de S. M. en el primer cuatrimestre del año último:

Hé aquí los destinos que han sido provistos y los nombres de los sujetos agraciados:  
«Para la dignidad de Dean, primera silla *post Pontificalem* de la metropolitana iglesia de Granada, vacante por promoción de D. Esteban José Perez, al doctor D. Pedro Mir Diez de los Rios, dignidad de tesorero de la misma iglesia.

Para la dignidad de Arcipreste de la catedral de Jaca, vacante por promoción de D. Juan Bautista Pedraza, al doctor D. Narciso Barrio, dignidad de maestra escuela de la misma iglesia.

Para esta resulta al doctor D. Domingo Barrio, Canónigo de Cartagena.

Para la dignidad de Chantre de la catedral de Teruel, vacante por fallecimiento de D. Blas de Diego Herranz, al doctor D. Faustino Pascual, Canónigo más antiguo de la misma iglesia.

Para esta canonjía á D. José María Calvo, beneficiado de la iglesia metropolitana de Valladolid.

Para la dignidad de maestra escuela de la Catedral de Cartagena, vacante por fallecimiento de D. Manuel Aldana, á D. Eusebio Munia, Canónigo que ha sido de Albarracín y de Teruel.

Para la abadía de la Colegiata de Santo Domingo de la Calzada, vacante por renuncia de D. Justo Barbajero, al licenciado D. Dámaso Amigo y Fiton, Canónigo de la Catedral de Leon.

Para la abadía de Jerez de la Frontera, vacante por promoción de D. Pedro Nuñez, á D. Blas José Diaz de Arceya, dignidad de arcipreste de la Iglesia metropolitana de la Isla de Santo Domingo.

Para la canonjía de la Iglesia metropolitana de Granada, vacante por fallecimiento de D. Miguel Enriquez y Campos, al doctor D. Francisco Pagés, capellan de la capilla de Reyes Católicos de dicha ciudad.

Para otra de la de Zaragoza, vacante por fallecimiento de D. Mariano Martinez de Mateo, á D. José Atauri y Mecoleta, Canónigo de la Catedral de Lugo.  
Para otra de la de Tarragona, vacante por fallecimiento de D. Juan Domingo y Calvo, al licenciado D. Juan Bautista Pedraza, dignidad de Arcipreste de la catedral de Jaca.

Para otra de la de Valencia, vacante por promoción de D. Ramon García, á D. Benito Mayalde y Vela, Canónigo de la colegiata de Alicante.

Para esta resulta al doctor D. José Pardo y Millana, Canónigo de la colegiata de Alcalá de Henares.  
Para esta canonjía al doctor D. Antonio Mengod y Huete, Cura párroco de Tabernes-blanques, diócesis de Valencia.

Para otra de la catedral de Badajoz, vacante por promoción de D. Pascual Baldo, á D. Miguel de los Santos Cuevas, Cura párroco de Potes, diócesis de Leon.

Para otra de la de Lérida, vacante por fallecimiento de D. Francisco Miguel, al licenciado D. Ignacio Palá y Martí.

Para otra de la de Leon, vacante por promoción de D. Dámaso Amigo y Fiton, á D. Enrique de Rivera y Palma, Canónigo de la de Jaca.

Para otra de la colegiata de Jerez de la Frontera, vacante por fallecimiento de D. Antonio María Zurita, á D. Francisco de Lara, Cura párroco.

Para otra de la de Albarracín, vacante por fallecimiento de D. Juan Soriano, al Presbítero D. Martín Susseta.

Para otra de la de Covadonga, vacante por fallecimiento de D. Pedro de Guzman é incapacidad canónica del electo para sucederle, al licenciado D. Máximo de la Vega.

Para otra de la de Alcalá de Henares, vacante por fallecimiento de D. Sebastian de la Roca, al licenciado D. Miguel Rams y Barea, Cura párroco de Mazaleon, arzobispado de Zaragoza.

Para la capellania de la capilla de Reyes nuevos de Toledo, vacante por fallecimiento de D. Pedro Sanz de Larrea, á D. Nicolás Gomez de Blugera, beneficiado de aquella iglesia primada.

Para otra de la de San Fernando de Sevilla, vacante por fallecimiento de D. Esteban Márcos, al Presbítero D. Nicolás de Lera y Rivas.

Para el beneficio de la iglesia metropolitana de Zaragoza, vacante por fallecimiento de D. Manuel Lopez Somoza, á D. Tomás Cabanas y Muela, Coadjutor de la parroquia de San Pablo de la misma ciudad.

Para otro de la de Tarragona, vacante por fallecimiento de D. Antonio Gatell, al Presbítero D. Luis Vilá, antiguo Prebendado de Reus.

Para otro de la catedral de Orihuela, vacante por fallecimiento de D. Francisco Paya y Paya, á D. Isidro Sanchez, Cura ecónomo de la parroquia de Hondón de las Nieves.

Para otro de la de Mondoñedo, vacante por promoción de D. Saturnino Quintanilla, al Presbítero don José María Martinez.

Para otro de la de Urgel, vacante por fallecimiento de D. Rafael Moya, á D. Guillermo Escaro, Cura párroco.

Para otro de la de Calatrava, vacante por fallecimiento de D. Fernando Martinez Berranco, á D. Alejandro Breton, Cura párroco de Pradejón en la misma diócesis.

Para otro de la iglesia metropolitana de Burgos, á que va anejo el oficio de Sochantre, vacante por promoción de D. Francisco Martinez, á D. Juan Goro Murrieta, beneficiado sochantre de Calahorra, indicado preferentemente por el Prelado, previa oposición.

Para otro de la catedral de Leon, á que va anejo el oficio de maestro de capilla, vacante por promoción de D. Evaristo García Torres, á D. José Estevez, indicado por el Prelado, previa oposición.

Para otro de la de Coria, á que va anejo el oficio de organista, vacante por promoción de D. Pedro Rodriguez Cortés, á D. Severiano Pastor, indicado por el Vicario capitular, previa oposición.

Para otro de la de Zamora, á que va anejo el oficio de organista, vacante por promoción de D. Ambrosio Perez, al Presbítero D. José Luis de Muguerza, indicado por el Prelado, previa oposición.

Para otro de la de Cuenca, á que va anejo el oficio de maestro de ceremonias, vacante por promoción de don Froilan Cuesta, al Presbítero D. José Alcázar, indicado preferentemente por el Prelado, previa oposición.

Para otro de la colegiata de Ciudad-Rodrigo, vacante por fallecimiento de D. Eugenio Cavallos y no aceptación del electo para sucederle, á D. Alejo Calama, Presbítero coadjutor.

Para otro de la de San Isidro de Leon, vacante por renuncia de D. Santiago Ferrero, á D. Manuel Gonzalez Franco, Presbítero beneficiado de Villota del Duque, diócesis de Leon.

Asimismo S. M. se ha dignado prestar el Real asenso para que puedan permutar sus respectivos beneficios D. José Rubia, Beneficiado de la catedral de Huesca, y D. Gaspar Vicente Lombardero, que lo es de la de Coria.

**En la Real Iglesia de religiosas**  
Agustinas (vulgo Santa Isabel) hay dispuestas solemnemente funciones para la inmediata Cuaresma. Estas funciones principiarán el domingo de Carnaval y seguirán hasta el miércoles de Ceniza inclusive; luego habrá sermones por la tarde los dos primeros domingos de Cuaresma; el tercer domingo empieza la misión, el 17 de Marzo el setenario doloroso, y por último el domingo de Ramos darán principio los oficios de la Semana Santa.

Los sermones que durante estas fiestas han de ser predicados estarán á cargo de los Sres. D. Benito Sanz y Forés, D. Gerónimo Martinez, D. Isidro de la Fuente Almazan, D. Hermenegildo Sancho, el Padre José Joaquin Montalban y los misioneros de la tercera orden de Servitas.

**La Junta directiva de la Caja de**  
ahorros de esta corte ha acordado, á propuesta del director señor Villanova, que las imposiciones de cada domingo puedan ser de 4 á 100 rs. en vez de 4 á 60 que han sido hasta ahora. Las primeras imposiciones pueden subir hasta 200 rs., en vez de los 100 que antes estaban señalados.

**Anoche á cosa de las doce dieron**  
las campanas la señal de fuego; y en efecto se había declarado en una tahona del num. 5 de la plazuela de Bilbao, donde ya otra ú otras veces ha ocurrido esta desgracia. Los mozos procuraron dominarlo antes de alarmar al vecindario, pero se hundió parte del piso principal con el peso del agua, del trigo y la leña, cogiendo debajo algunos.

A las dos se había hallado el cadáver de un tal Morera y se notaba la falta de otros dos. Había en el edificio unas 3.000 fanegas de trigo, 15 carros de rama y otros muchos de leña de encina. A pesar de los esfuerzos de los operarios el fuego continuaba á las tres con bastante intensidad y el edificio estaba casi destruido interiormente.

**A las cuatro también de hoy ha tenido**  
lugar otro incendio en la calle de San Gregorio, núm. 31, almacén de comestibles. Los operarios del periódico La Reforma fueron los primeros en acudir al alarmante silbido de un sereno: era aterrador el aspecto que presentaba el voraz elemento: los gritos de las mujeres, el correr desatentado de los vecinos, todo era imponente. Uno de los dependientes del indicio periódico, mientras los demás se ocupaban en romper la puerta del almacén, voló espontáneamente al cuartel del Soldado en busca de auxilio. El jefe de la guardia se apresuró á mandar un piquete al lugar del siniestro, y acudiendo las autoridades muy luego, los bomberos y obreros de la Villa, quedó el fuego dominado apenas transcurrida una hora. No ha habido desgracias personales.

**Anoyer tarde se desbocó en**  
la plaza de San Marcial el caballo de un coche, y al dar la vuelta á la calle de Leganitos, cayó al suelo con violencia, volcando el carruaje que quedó destrozado de resultas del golpe. Dos señoras y un caballero anciano que iban dentro, encontraron al instante afectuosa acogida en una casa próxima al sitio de la ocurrencia, donde se les prodigaron todas las atenciones que requería su aflicta situación, y los auxilios convenientes para atenuar en lo posible las consecuencias de tan funesto accidente.

De seguro que si el animalito hubiese ido al paso y todo lo más á un trote corto, según está manda do



que se llevó á los caballos de los coches, no habría que lamentar esta pérdida, ni otros muchos parecidos que frecuentemente acontecen.

**Ha sido entregada á la autoridad** respectiva, por el inspector del distrito del Centro, cierta joven sirviente que, según parece, ejercía admirablemente la industria del hurto, para lo cual solía desaparecer de la casa donde era admitida á servir á las dos horas de presentarse á ejercer sus funciones, llevándose alhajas, dinero, cubiertos y cuanto encontraba á su alcance.

**Dice «La Patria»:** «El Estado supremo [CUATRO Y MEDIO POR CIENTO] de descuento exigían esta tarde algunos cambistas de billetes del Banco...»

Y la librería de hoy se expresa en estos términos:

«La Bolsa ofreció ayer un espectáculo desconsolador. El consolidado se hizo á 37,00, ó lo que es lo mismo, experimentó una baja de cuarenta céntimos. La diferencia se cotizó á 34,50, habiendo experimentado una baja de veinticinco céntimos; y por último, los billetes hipotecarios del Banco de España se cotizaban á 88,50 y á 83,60, sufriendo un descenso de quince céntimos.»

¿A cuántos estamos de crédito? se nos ocurre preguntar á nosotros.

**El «Retinco» de Monturiol se halla** surtido en el puerto de Buenos-Aires, donde ha hecho sus pruebas, que han obtenido un éxito completamente satisfactorio para el inventor de aquel barco. Pero acabamos de probar alguna vez y sabemos por fin á qué atenernos con respecto á este ruidoso invento.

**Varios periódicos han dado noticia** de la precocidad del niño Buenaventura Campos, mejicano, que á los 4 años y 7 meses de edad, recita toda la doctrina cristiana, y demuestra tener algunas nociones de ortografía, de gramática, de astronomía, de urbanidad, de geografía y hasta de gramática latina. También nosotros hemos visto al padre del niño Campos, quien nos ha rogado que examinemos sobre estos puntos á su hijo, y veamos si es digno del elogio que hacen de su talento cuantos le conocen y le tratan.

Parece que esta pobre gente viene decidida á mejorar la protección de S. M.; y nosotros, que creemos que nada hacen más laudable los Reyes que dispensarles á sus súbditos, nos interesamos porque alcancen también los beneficios de la regia munificencia á los extranjeros desgraciados.

**El lunes celebró una larga sesión** la junta de ensanche, presidida por el Sr. Retortillo, en ausencia del corregidor; asistiendo además los vocales señores Stuyck, Llano y Perti, Sánchez, Llanos y Castro.

Según hemos oído, quedó aprobado el proyecto de reglamento para la ejecución de la ley de 29 de Junio de 1864, trabajo que le había sido encomendado de Real orden por el señor ministro de la Gobernación, y sobre el cual, en su día, este oirá el dictamen del Consejo de Estado.

En el proyecto á que nos referimos se establece la publicidad de los acuerdos de la junta y de todas sus cuentas como eficaz garantía de su proceder; idea que, como nuestros lectores recordarán, dominó siempre en el ánimo de los vocales de la junta, desde el día en que se constituyó.

Parece que está acordado también insistir con el señor corregidor en la necesidad de proceder inmediatamente á la rotulación de todas las calles del ensanche, y á estudiar las obras que en cada zona parcial convenga hacer, á fin de que llegado el caso de emplear los fondos que á este objeto destina la ley, su inversión pueda hacerse con el mayor acierto y con sujeción á un plan completo, de antemano estudiado y aprobado. La previsión de la Junta es muy loable y la pone á cubierto de toda responsabilidad cuando por desgracia hay ejemplos de no haberse obtenido resultados ventajosos en los casos en que para las obras no se ha adoptado un plan general sujetándola al mismo.

**En la noche del lunes se reunió en** Valencia la Sociedad de Agricultura, para seguir ocupándose de la posibilidad y conveniencia de abolir el impuesto de consumos. La sociedad á la que así tienen crecido número de socios, permaneció reunida algunas horas, declarándose por la inmediata y absoluta supresión del actual impuesto, y discutiendo ligeramente las gabelas en su concepto más perjudiciales, y que podrían utilizarse, en el caso de no ser posible introducir en los presupuestos las necesarias economías para alcanzar la nivelación de los gastos é ingresos.

## PARTE RELIGIOSA.

**SANTO DE HOY.** Santa Polonia, virgen y mártir.

**SANTOS DE MAÑANA.** Santa Escolástica y San Guillermo, confesor.

### CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas benedictinas de San Plácido, donde por la mañana se celebrará á Santa Escolástica con Misa mayor y sermón, y por la tarde completas y procesión de reserva.

Por la noche se cantará la letanía y Salve á Nuestra Señora en los templos de contumbrar.

**VISITA DE LA CORTÉ DE MARIA.**—Nuestra Señora de Loreto en su iglesia, la del Sagrario en San Ginés, ó la de la Vida en Santiago.

Se reza de Santa Escolástica, con rito doble y color blanco.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

**PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.**

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

Ha sido nombrado gobernador civil de la provincia de Granada D. Antonio Fernandez de Heredia, vizconde del Cerro, ex-diputado á Cortes y cesante de igual cargo en otras provincias.

Asimismo ha sido nombrado gobernador civil de Segovia D. Adolfo Pizarro, marqués de Casa-Pizarro. Y por último, para ocupar el puesto que este deja vacante en el gobierno de las Baleares, ha sido nombrado D. Primitivo Sevilla, consejero provincial de Alicante.

## ULTIMA HORA.

### SENADO.

El conde de Vistahermosa ha preguntado al Gobierno si estaba dispuesto á hacer que se cumpliera la Constitución, dejando de cobrarse el arbitrio que el ayuntamiento de Madrid ha impuesto sobre los coches de lujo.

El señor ministro de la Gobernación contestó, diciendo que el ayuntamiento tiene facultades para imponerlo, y para demostrarlo se extiende en largas consideraciones.

Ratifican el señor conde de Vistahermosa y el Sr. Posada Herrera.

En el momento en que salimos de la tribuna empieza á hacer uso de la palabra, para continuar su interrumpido discurso, el señor Vamonde.

## CORTES.

### SENADO.

**PRESIDENCIA DEL RÍCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.**

**Sesión celebrada el día 8 de Febrero de 1866.**

Se abrió á las dos y diez minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

### ORDEN DEL DIA.

**Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.**

El señor conde de Vistahermosa: El señor marqués de Miraflores, en el elevado discurso que pronunció en el día de ayer, y por el cual en su conjunto yo le felicito cordialmente, al hacer la revista retrospectiva de las tres etapas en que subdividió la política de la Unión liberal, vino forzosa y necesariamente á hacerse cargo de la sublevación militar de Aranjuez y Ocaña, y terminó manifestando que felicitaba al primer pronunciamiento que había sido felizmente reprimido.

No comprendo cómo el señor marqués de Miraflores tan aficionado á los estudios políticos, tan versado en la instrucción en los acontecimientos contemporáneos, ha podido olvidar la serie de pronunciamientos y sediciones militares, dirigidos á derrocar los diferentes Gabinetes moderados, que constantemente han triunfado de las maquinaciones ideas de sus adversarios políticos.

El Senado recordará los tristes acontecimientos del año 35, cuando estalló una sublevación militar, tan versado en la casa de correos, que fué sofocada por el ministerio moderado que entonces regía los destinos del país; igualmente no habrá olvidado lo ocurrido á raíz del levantamiento de 1843 con el regimiento de infantería del Príncipe, que ocupaba en aquella época el cuartel de San Francisco en esta corte, donde estalló una sedición que á las doce de la noche llegó á noticia del capitán general del primer distrito militar, duque de Valencia, el cual, con la celeridad del rayo, se dirigió al cuartel, y con el inminente riesgo de su vida se encaráó solo con los amotinados; les hizo depositar las armas, formó la causa correspondiente, y sin levantar mano, reunió el consejo ordinario y á las nueve de la mañana pagaron los cabezas de motín con las suyas el crimen de alta traición que habían cometido. Ministerio moderado era también el que dirigía la gobernación del país.

Más tarde, en el año de 1844, ocurrieron las sublevaciones de Alicante y Cartagena, que el señor conde de Alcega, ayudado de dos dignos generales que se sientan en los bancos de enfrente, sobecó, restableciendo completamente el orden público. Vino después el año de 1846 y con él la sedición de Galicia, que fué energicamente reprimida por uno de los señores senadores á que acabo de referirme.

Llegó el año de 1848, en que estalló, después de los sucesos que conmovieron los fundamentos sociales de toda Europa, el pronunciamiento de 26 de Marzo, siendo destruidos los sediciosos en abierta lucha, que dió ocasión á manifestar su ardimiento á un compañero nuestro, orador notable de esta Cámara, que obtuvo en recompensa el primer estorcadore de su vida.

Apenas transcurridos dos meses se sublevó en 7 de Mayo el regimiento de España, que los esfuerzos de su pundonoroso coronel, abrazado á la bandera del cuerpo, volvió á reunir bajo tan noble insignia en la misma Plaza Mayor, en que se encontraba sumiso de tal modo, que después de diezadosos individuos el mismo regimiento hizo pagar con la vida á los delincuentes en el crimen cometido.

En aquel día pereció víctima del plomo asesino el desgraciado general Fulgoso, y por resultado inmediato de los crueles padecimientos que la sublevación del cuerpo ocasionó al brigadier coronel que lo mandaba, una exacerbación cerebral vino pocos años después á arrebatarlo al cariño de toda su familia.

Veá, pues, el señor marqués de Miraflores como padeció una equivocación, y no pudo menos de notar una circunstancia esencial; que el señor ministro de la Gobernación, que tan hábil es en aprovechar el mejor desfilé de su adversario para el objeto que le conviene, hizo caso omiso de su felicitación, teniendo presente lo ocurrido en 1856, en que fué ayudado por los hombres del partido moderado.

El señor marqués de MIRAFLORES: La filípica amistosa, pero un poco dura, del señor conde de Vistahermosa, vendrá á probar una vez más al Senado que yo marché sólo; pero como yo decía ayer que de hombres es el error, y que el que aspira á tener alguna importancia debe poner á un lado su amor propio, confesar su error y enmendarse, voy á hacerlo así.

Yo, señores, en el calor de la improvisación dije esas palabras, que desde luego retiro. El Sr. VICEPRESIDENTE (Ruiz de la Vega): Que da terminado este incidente. El señor marqués de Vamonde tiene la palabra en contra.

El señor marqués de VAMONDE: Señores senadores: desventajosa es mi situación en el día de hoy al tener que usar de la palabra después de tan elocuentes oradores como han agotado esta cuestión. Reconozco que es una temeridad en mí el hablar después del cansancio que naturalmente hay en esta Cámara; pero hay cuestiones que no se evitan aunque se quiera, y que se entra en ellas cuando se las esquivan. Yo tenía pensado presentar una enmienda al discurso de contestación bajo un punto de vista arreglado á mis opiniones, cuando llegó á mi noticia que con igual propósito tenía otro mi respetable amigo el señor Huet, y entónces, por un deber de delicadeza y de consideración, retiré la mía para firmar la suya. Esta enmienda pareció á los señores que habían ratificado la del Sr. Seijas que no debía discutirse en atención á que la de este señor senador podría reunir para la causa que defendemos todos más votos. En esta situación yo, que no me propongo hablar por un espíritu de vanidad y de amor propio, sino por cumplir un deber, acepté lo que el Sr. Huet había acordado.

Cuando el Sr. Seijas esplandó su enmienda con la elocuencia que le distingue, hizo alusión á la del señor Huet, manifestando que opinábamos de distinto modo, si no en el fondo, en la forma, y que creíamos que dentro de los preceptos constitucionales se podía tratar de la cuestión de Italia, lo que me causó gran sorpresa, porque jamás se me había ocurrido el tratar la cuestión de Italia, apoyándose en un proyecto constitucional; y con este motivo debo recordar que en 1860, cuando aun no se había suscitado en España la cuestión de Italia, anuncié en la otra Cámara una interpelación sobre este asunto; y entónces, como ahora, me he apoyado siempre al tratar esta cuestión en el punto de vista político-moral en que no puede menos de tratarse después de lo que nuestro Jefe espiritual ha manifestado en su Allocución de 3 de Setiembre de 1860.

Debo, pues, dar algunas explicaciones para convencer á los señores senadores de que el Sr. Huet y yo no pensábamos más que en concretarnos á la cuestión del poder temporal del Papa, que es lo que más afecta á los intereses de una nación católica por excelencia, sin perjuicio de nuestro gran respeto y simpatía á las dinastías injustamente lanzadas de sus Tronos legítimos, barrenando los eternos principios del derecho internacional; y bastaría para probar lo que digo ver uno de los párrafos de la enmienda, que demuestran que esa era nuestro propósito; y última grande es, señores, que el Sr. Huet cuando usó de la palabra no pudiera, por efecto de sus padecimientos, verificado con la extensión que el asunto merecía, y con el gran talento que le distingue y todos le reconocemos.

Desembarazado ya de esta alusión, necesito implorar vuestra indulgencia, tanto porque el estado de mi salud quebranta la, cuanto porque la tarea encomendada hoy á mis débiles fuerzas es muy superior á cuanto yo pueda decir.

Para mí, señores, la cuestión que nos ocupa tiene que ser tratada bajo el punto de vista político-moral, porque el reconocimiento del reino de Italia no ha tenido otra causa impulsiva que el conculcamiento del

orden moral, de que tanto necesita este país, tan perturbado y próximo á grandes y tristes acontecimientos.

La política que desde el año 1834 se viene siguiendo en este país, inaugurada por la Unión liberal, no ha tenido otro objeto que mantener un orden material aparente, sin contar para nada con el elemento moral, único que puede consolidar la preferencia á los estados de sitio, cañones y fusilamientos y demás manifestaciones de la fuerza material.

Ahora bien, señores: para tratar yo la cuestión del reconocimiento de Italia tengo que dirigir una mirada retrospectiva á nuestra política desde 1838 hasta la época presente, y ella vendrá á demostrarnos qué partido han sabido hermanar el orden material con el moral para evitar la revolución, desplegando el conveniente energía sin faltar por eso á la justicia ni al natural progreso de la época en que vivimos.

Todos saben que á la muerte del último Monarca se dibujaron dos grandes parcialidades, una que pedía las reformas á toda prisa, y otra que apoyándose en los elementos tradicionales del país, pedía las reformas con cierta lentitud, conciliando el orden con la verdadera libertad; y de paso me haré cargo de una indicación que hacia el Sr. Corradi, y que ha sido muchas veces, respecto á que el partido progresista ha consolidado el Gobierno representativo en España, y ha sostenido la dinastía de Doña Isabel II; lo que no es tan exacto, pues el partido moderado ha prestado grandes servicios á la causa del orden y de las instituciones en la tribuna y en la prensa, sin lo cual la revolución tal vez hubiera llegado á donde nadie hubiese creído; y á esos servicios y á los compromisos que contrajo este partido se debe el haber llegado á la reforma del 45, hecha con gran previsión, porque si el año 48 hubiera subsistido todavía la Constitución del 37 con la Milicia Nacional, de seguro no estaríamos aquí en este momento; pero felizmente con la reforma se allegaron todos los elementos de orden que había en el país, añadiéndose á esto el decreto que se dió suspendiéndose la venta de los bienes nacionales, haciendo este sacrificio en aras del respeto que el partido del orden tiene á la Santa Sede y á la consecuencia constante de sus convicciones. Con esto y con la centralización administrativa pudo conservarse hasta llegar al año 54.

Decía el Sr. Posada Herrera que los partidos moderado y progresista no tienen razón de ser. Yo soy poco aficionado á partidos; pero los acepto como una necesidad social en este orden de cosas, aun cuando creo que son una desgracia de la época moderna; pero no puede negarse que el partido moderado reformó la legislación; planteó el sistema tributario, modificó la administración, arrancó á las Universidades su autonomía, y realizó otras cosas notables. Pero si no existe, si la terminada ya su misión, no se comprenden por qué le ha estado copiando cinco mortales años; y aun ahora mismo, los proyectos presentados por el señor ministro de la Gobernación prueban que, después de haber estado haciendo una política progresista desde el 20 de Junio, se ha convencido de que en este país no se puede gobernar sin estos principios de moderación; pero falta saber si las actuales señoras ministras inspiran toda la confianza necesaria para que se les pueda dar un decidido apoyo; esto sin contar con que esa política tiene otro apostolado.

Y no digo esto por espíritu de ciega oposición al poder, sino porque esas observaciones se desprenden de la conciencia que el Gobierno está observando, y no se dirá ciertamente que esto no sea un sofisma. Y aquí viene mi propósito exponer alguna observación con motivo de lo que decía el Sr. Posada Herrera de que el sofisma es un argumento al que no se contesta; lo cual no es exacto; todos sabemos lo que es un sofisma; está bien definido en el diccionario de la lengua, pero en S. S. el sofisma es una ficción con colorido de verdad muy pronunciado. La Unión liberal tiene necesidad de un sofista, y el Sr. Posada Herrera es por consiguiente una necesidad de la Unión liberal.

S. S. se encontraron un cuerpo de doctrina durante cinco años, no sé si posible el hacer ninguna política, porque si satisfacía á unos, disgustaba á otros, viéndose en una situación extraordinaria cuando se le atacaba diciéndole que no tenía una posición definida, y la necesidad de defenderse de esos ataques le hizo perfeccionarse en el sofisma, sin que esto sea hacer una injuria á S. S., pues es sabido que los sofistas eran hombres de gran talento, de grande ingenio y de gran elocuencia.

El resultado que ha dado esa política de la Unión liberal, para la cual son una necesidad los señores duques de Tetuan y Posada Herrera, es que ha dejado desarrollar aquí todos los elementos de desorden y perturbación, llegando á publicarse programas democráticos en la *Discusión*, y llegando á desarrollarse una libertad de imprenta no conocida en ningún país, y pronunciándose libremente toda clase de discursos, hasta el extremo de haber llegado la situación á un estado tal de impotencia, que una fracción del partido moderado que la apoyaba tuvo que separarse con el Sr. Mon á la cabeza, causando la caída de aquel ministerio. Le siguieron el del señor marqués de Miraflores y otros, hasta que vino al poder el señor duque de Valencia. En la época de esta administración, siendo el Sr. Ríos y Rosas jefe de la disidencia, presentó á nombre de esta fracción el Sr. Silveira una enmienda al proyecto de enmienda, que votó la Unión liberal, reconociendo su pecado de no haber practicado lo que le pedían durante los cinco años.

Llegó por tercera vez al poder la Unión liberal, y variando de sistema adoptó un criterio liberal progresista, como evolución que hacia para alejar la idea de que no se le pudiese acusar de volver á copiar al partido moderado; dejó toda clase de latitud á la prensa, con grave perjuicio de altísimas y respetables instituciones, y hasta de la moral pública.

Se podrá decir que con el criterio de la libertad se remedian estos males, y que la reacción consiguiente tras después á las gentes por el buen camino; pero con esto no se remedian los daños y perjuicios causados, y no es con este sistema como se evitan las revoluciones, sino que, por el contrario, se desarrollan, cosa que no se ha querido comprender hasta ahora, y siento tener que decir al señor duque de Tetuan que, reconociéndole grandes cualidades, tiene el defecto de no saber elevar lo bastante sus miras políticas.

De aquí que no se hayan evitado esos ataques diarios que se han visto en la prensa contra la Religión. Y aun cuando yo ahora no quiero ocuparme de la prensa, reservándome hacerlo cuando se trate de la cuestión de imprenta, si mi salud me lo permite, debo decir que ya tengo en mucho á la prensa, buena, se entiende; pero en mi humilde opinión nada hay mejor para reprimir la que la prensa recogida, que es lo que el partido moderado ha practicado casi siempre, y la experiencia tiene demostrado como buena; pues para mí, señores, la prensa es como un arma de fuego, que en manos de un niño de cinco años ofrece grave peligro, que no puede temerse cuando la tiene una persona de juicio que sabe manejarla.

Ayer, señores senadores, no pude percibir bien los argumentos con que el Sr. Posada Herrera contestaba al señor marqués de Miraflores respecto á la enseñanza, cuestión muy grave que requiere una discusión profunda, en la que no entro ahora porque no me creo con fuerzas para ello, y porque supongo que personas más competentes que yo y con la latitud necesaria la tratarán en la otra Cámara. Diré solamente que yo no admito el criterio de la libertad absoluta que S. S. quiere aplicar á la enseñanza, es racionalismo para las cuestiones morales. Para discutir estas es preciso arrancar de la fe y de la fe de la duda.

Nos habló S. S. también el día pasado de las sociedades de *Amigos de los pobres*, que había consentido con gran pesar por haberse convertido en asociaciones políticas, para dar los resultados que todos hemos presenciado en estos últimos sucesos. Censurable es esta debilidad política, dando lugar á un cargo que pudiera hacerse á S. S.: por no haber reprimido un abuso de tal naturaleza, dando que sea cierto el hecho; pero de todos modos, esto prueba que la Unión liberal nunca ha buscado en el orden moral el asunto del orden material, no practicando más política que la de circuns-

tancias. Siguiendo estos principios, creyó que el reconocimiento de Italia satisfacía las exigencias de la revolución, y lo hizo sin conseguir su objeto. Igual política se siguió en Francia en tiempo de Luis Felipe, y la revolución no detuvo su marcha, sino que fué tomando cada vez más desarrollo, y eso que entónces aquel ilustrado Episcopado manifestó los grandes perjuicios que traía la política indiscriminadamente expansiva y tolerante en la enseñanza y con la prensa.

Así sucede, señores, que siempre que manda la Unión liberal el Clero se ve en la dura necesidad de representar á S. M. en contra de ciertos ataques que vienen sufriendo de algún tiempo á esta parte las bases fundamentales de nuestra sociedad, como sucedió en 1854 con la segunda base, en 1861 por la libre enseñanza y la prensa, y en 1865 por el reconocimiento de Italia.

Tales perturbaciones traen ese partido, que á personas alejadas completamente de la política las obliga á acudir al Trono haciéndole ver que corren gran peligro las instituciones fundamentales del Estado; y en esta época, como en todas, han cumplido con su deber como eclesiásticos y como ciudadanos: es cosa singular, señores, que á estos venerables Prelados que hacen uso de un derecho consignado en la Constitución se les lleve al Consejo de Estado, mientras que en las reuniones políticas y en la prensa se la deje escribir y hablar de la manera que lo hacen, pudiendo decirse que la política de este Gobierno es de amplitud completa para el mal y represión absoluta para el bien.

Creo, señores senadores, haber recorrido rápidamente nuestra política desde 1833 hasta el presente, demostrando que la Unión liberal ha venido constantemente haciendo concesiones á la revolución, creyendo lo por lo menos aplazarla por no tener la fuerza necesaria para resistir, haciendo el reconocimiento de Italia con objeto de quitar un pretexto á la revolución.

No concibo que un Gobierno que se llama fuerte no tenga la energía necesaria para cumplir con su deber, evitando con tiempo acontecimientos desagradables por medio de una política preventiva que no le aleje á los elementos de orden, de cuya unión se necesita tanto para rehacer la gran batalla que la revolución quiere dar á los elementos tradicionales de este país. Por esto es tan censurable el reconocimiento del llamado reino de Italia en la ocasión presente.

En estos señores, todo el mundo presente que se nos vienen encima graves acontecimientos; todo el mundo dice que lo que acaba de pasar no es más que el prólogo de lo que debe suceder, y cuando las sociedades llegan á ese estado es preciso que todos los hombres honrados se unan para pensar muy seriamente sobre la situación y para poner un dique al desbordamiento que nos amenaza, lejos de ejecutar actos y de sentar principios que puedan provocar lo que se prevé; pues cuando se aprueban las *garibaldinadas* de alende, no hay razón para quejarse de las *garibaldinadas* de agüende, ni de sublevaciones como la de Aranjuez. ¿No son los mismos principios que otros? ¿Puede qué extraño es que el general Prim hubiese sacado la consecuencia?

La de todo esto es, señores, que el orden material y moral que tanto trabajo había costado al partido moderado afianzar, que para ello había reformado las leyes del país, se ha puesto en peligro por el reconocimiento del reino de Italia, por los elementos revolucionarios excitados en nuestra patria con la política de la Unión liberal. ¿Queréis una prueba de esto? Pues ved un párrafo de cierto discurso del mismo Sr. O'Leary en la reunión á que antes me he referido. Decía S. S. (Leyó). Es decir, que la política del partido moderado ha dado por resultado que un hombre de tanta capacidad como el Sr. O'Leary reconociera que el partido progresista no existía, ó que al menos estaba tan frío que no podía inspirar recelo á ningún Gobierno.

Comparad esta situación con la á que nos ha traído la Unión liberal. Y así se explica también el reconocimiento del reino de Italia, por la razón de ser esta una política débil; y no porque yo quiera, señores, la tiranía, al contrario, aborrezco el absolutismo, pues como he dicho en la otra Cámara, no reconozco más absolutismo que el de Dios, su Religión, siendo mi fórmula en política verdadera libertad sin excesos y orden sin tiranía.

Voy á entrar en la segunda parte de mi discurso; mas estoy bastante fatigado, y rogaría al señor presidente que me permitiera descansar algunos momentos.

Suspendida la discusión durante diez minutos, y abierta de nuevo la sesión, prosiguió.

El señor marqués de VAMONDE: Doy gracias al señor presidente, y entro desde luego en el reconocimiento del reino de Italia. Pero antes de entrar en esta cuestión debo hacerme cargo de la alusión que me dirigí mi respetable amigo particular el Sr. Llorente.

Decía S. S.: ¿Qué quieren los Sres. Huet y Vamonde? ¿que no se reconozca á Italia? ¿que se desahaga lo hecho? No es posible. Además, hay altas consideraciones que aconsejan la medida adoptada; hay la consideración de los intereses materiales, que en algunas ocasiones deben ser con preferencia atendidos á los morales. S. S. seguía el criterio de la raza anglo-sajona, el criterio utilitario; pero los que pertenecemos á la raza latina miramos todas las cuestiones bajo el aspecto moral, siendo esto lo que distingue á esas dos razas representadas de dos civilizaciones, una que viene y otra que se va, siquiera sea para volver más robusta y poderosa. Fundábase S. S. en el ejemplo de Baviera, de quien ha dicho que ha reconocido á Italia con motivo de un tratado de comercio; sería posible lo que S. S. afirma; pero me figuro que Baviera, potencia de tercer orden, reconoció el reino de Italia al ver que lo había hecho España, la nación católica por excelencia.

Continuando el curso de mis observaciones, y examinando el reconocimiento de Italia, pregunto: ¿qué es este reconocimiento? Es el conjunto de todas las impiedades, de todos los errores políticos, de la mala civilización para concluir única y exclusivamente con el centro de la unidad de la Iglesia católica, fuente de toda justicia y de toda caridad, y encubriendo este propósito con la formación del llamado reino italiano, impulsado por el protestantismo. ¿Queréis la prueba? Pues oid lo que dice Mazzini, que me parece es un testigo irrecusable. (Leyó). Ya sabéis cuál es el objeto de la unidad italiana: creo que bien claramente lo acabais de oír de boca de su autor. Y señores, esto no es ahora ni tampoco del año 48 para acá; es un pensamiento más antiguo: arranca desde el siglo XVI hasta nuestros días, pues Calvino de va casi lo mismo que manifestaba Mazzini.

Pero como las grandes instituciones que tienen su asiento en el tiempo no se arruinan en un día, ha sido preciso organizar el trabajo de demolición, y así lo ha hecho el protestantismo, que es quien en realidad quiere llevar á cabo la unidad italiana; no el protestantismo alemán, sino el mercantil anglo-sajón. Ese es el que, contando con la política y formando liga con el racionalismo y las sociedades secretas se halla hoy en frente de la Santa Sede con el propósito de aniquilar el Catolicismo. Bien sabe que la unidad italiana no se puede consolidar, porque la clase de Gobierno allí establecida no es á propósito para formar nacionalidad; más como no es este el objeto que se propone, nada le importa que se establezca ó no permanentemente, con tal que al amparo de esa idea logre realizar su verdadero intento.

Si, señores, el protestantismo, después que fué vencido en el terreno de las doctrinas y tuvo que retirarse haciendo varias evoluciones en otro terreno más modesto para conseguir su objeto, impulsando al jansenismo para venir en seguida á dar origen á los regalistas, todo con el fin de rescribir en las naciones católicas las buenas relaciones de mutua armonía que reinaban entre las dos potestades civil y eclesiástica; procurando de este modo introducir cierto espíritu protestante en las naciones católicas, que por dicha suya se había librado de la pestilencia protestante. Así veis al Emperador de Austria José II mantener una lucha con Pio VI, y con otros Papas á Carlos III y Carlos IV de España; así veis á Luis XIV de Francia con las proposiciones galicanas dar grandes disgustos

y sinsabores á la corte de Roma, no sin que el Papa Clemente XI le manifestara con viva solitud los principios de que se valía para establecer dichas proposiciones, cuyas consecuencias habían de ser funestas para lo futuro.

Y ciertamente el pueblo, que presenciaba cómo aquel Monarca absoluto ponía las disposiciones de los Concilios sobre la soberanía del Papa, principio que encerraba el germen de la revolución que llegó después, y en nombre de la soberanía nacional poniendo los derechos de los pueblos sobre la autoridad de los Reyes, cogió á Luis XVI y lo llevó al cadalso.

En España, ¿quién no ha pasado también bajo el pretexto del regalismo? ¿Cuántos disgustos no proporcionaron á la Santa Sede los ministros Urquijo y Caballero? Por eso el Cardenal Consalvi, cuando Bonaparte vencedor iba sobre la capital del orbe católico, en los momentos que el Santo Padre tenía que abandonar á Roma decía á los Cardenales vaticanos los representantes de los Estados de quienes debía esperar protección: *No tenemos más que amigos inciertos ó enemigos declarados*. Tal fué el efecto de los trabajos de zapa del protestantismo ayudado por las sociedades secretas, con tenadas en diferentes alocuciones por Clemente XI, Benedicto XIV, Paulo VIII y Gregorio XVI.

Pero viniendo ya á una época más reciente, fijámonos en los acontecimientos de 1848 que sobrecojeron á todo el mundo, menos á los que tienen por oficio ser revolucionarios. Empezó el fuego en Portugal en 1846, pasando á poco á incendiar á Italia, dando lugar á acontecimientos que conmovieron la Europa entera, hasta el punto de que no hubo un país que no sufriera más ó menos su influencia, debiéndose al partido moderado en el nuestro el vencimiento de la rebelión.

Señores, ¿qué fué lo que pasó en Italia en 1848? El Papa Pio IX, bondadoso siempre, dando oído á ciertas exhortaciones, otorgó una amnistía semejante á la que dió en 1835 aquí la Reina gobernadora, y el resultado fué que los mismos que habían vuelto á su país de la emigración por ese acto benéfico de Su Santidad, fueron los que le hicieron salir luego precipitadamente de Roma para buscar un refugio en Gaeta, hasta que Francia, siempre noble y grande aun en medio de sus extravíos, después de haber vencido en las calles á 20.000 insurrectos, y puesto al frente del poder al vencedor general Cavaignac, dirigió 30.000 franceses á Italia, quienes en poco tiempo restablecieron en el sítio de San Pedro con todo su brillo al Jefe de la Iglesia.

Pues hubo entónces un incidente muy significativo, y que conviene tener en cuenta. Napoleón, que subió poco después á la presidencia de la República, dirigió una carta al coronel Ney, en la cual le excitaba á salvar el poder temporal del Papa como una necesidad para el esplendor del Catolicismo, si bien manifestando que el ejército francés, que había dado la vuelta á Europa, había dejado siempre en su paso los gérmenes de la libertad; carta que produjo gran sensación en la corte de Gaeta, promoviendo explicaciones que dió Napoleón con la habilidad que todos le reconocen y que le constituyen en el Felipe II de nuestra época.

El Papa marchó á su capital, y poco tiempo después dió el *motu proprio* de Setiembre de 1849, ofreciendo las reformas que se proponía realizar y que efectivamente ha cumplido.

Por el momento quedó todo paralizado, y el Padre Santo en Roma con una guarnición francesa-austriaca. Mas Napoleón se repliega, organiza el ejército y busca la administración, y apoyándose en el elemento católico, se prepara para el golpe de Estado que debía cambiar la faz de la Francia.

La corte romana no se le podía ocultar que todo esto encerraba un gran misterio, y pasó una nota á los gobiernos frances y austriaco diciéndoles: «que podían retirar cuando quisieran la guarnición que allí tenían para la seguridad de la persona del Papa, y súplica á que no accediera Napoleón, que tiene en la cuestión de Roma un gran recurso para la consolidación de un imperio. ¿Y qué hizo, señores? Excitó á obrar á la revolución concentrada en Turin, pero provocó desde la prensa y la tribuna, á fin de que Austria rompiera; y cuando esta nación, dirigida por un monarca incauto, cayó efectivamente sobre Italia, volviendo á encender guerra en ese país, digue de mejor suerte, y presentando el mismo aspecto que había tenido en 1848. Desconociendo la trascendencia que encerraba este acontecimiento, y dando lugar á que la diplomacia se encerrase en ciertas reservas incomprensibles á que la obligaba la incierta conducta observada por Napoleón en estos sucesos.

El Padre Santo volvió á atacar sus Estados, y dirigió á las naciones extranjeras una Allocución pidiéndolas el auxilio que cada una pudiera proporcionarle. Entónces fué cuando yo interpele al Gobierno en la otra Cámara, llamando su atención acerca de los sucesos que ocurrían en Italia, á la que el señor duque de Tetuan, presidente del Consejo de ministros, contestó que reconocía la razón con que yo invocaba la protección de España para el Sumo Pontífice, pero quego podíamos hacer más que reducernos á una estricta neutralidad, aun en el terreno diplomático.

Al poco tiempo fué nombrado embajador cerca de Su Santidad el señor marqués de Miraflores, de quien tengo que decir que si bien aplaudo los deseos y los pasos que dió S. S. en el cumplimiento de su cometido, creo que equivocó el camino, pues la liga católica que ya indicaba yo en mi interpeleación, no debió haberla establecido en Roma, sino en París, habiendo sido el resultado de este error, que Inglaterra, sabedora á tiempo de lo que se preparaba contra la unidad italiana, trabajó activamente, y el fin, señores, ha sido la celebración del tratado de 15 de Setiembre.

En efecto, ¿qué es la convención franco-italiana? Popoli, uno de sus negociadores, dice que venía á romper los últimos eslabones que unían á Francia con los enemigos de Italia; otro, el caballero Nigra, aseguró en pleno Parlamento que no era un obsequio para el triunfo de los derechos de la nación italiana, y de las aspiraciones nacionales, y Lanza, el ministro de lo Interior, en cuyo tiempo se contestó, añadió en el Senado que el poder temporal del Papa era contrario á la unidad italiana. Y bien, después de estas manifestaciones, señores senadores, era grande mi sorpresa al oír al Sr. Bermúdez de Castro asegurar con toda serenidad que tenía fe en el tratado de 15 de Setiembre, en un tratado que no hay intención de cumplir por los mismos que lo han firmado.

Yo estoy muy fatigado, y quiero ya ocuparme concretamente del reconocimiento hecho por el Gobierno español. ¿Qué razones de utilidad ó de conveniencia han aconsejado ese acto, ni mucho menos hacia tan urgente y perentoria? Yo tenía vivamente curiosidad por conocer esos motivos; pero lo digo con franqueza, sin hacer de este asunto cuestión de oposición, no he logrado comprenderlos. Y digo



uno de los más importantes personajes de esa comu-  
nidad, del poder temporal del Papa, no titubeaba  
en asegurar que esta cuestión era muy grave, por-  
que siendo España una nación eminentemente cató-  
lica, llevaría muy a mal cualquiera acto contra el  
mismo.

Luego si todo el mundo hacía justicia á los senti-  
mientos católicos de nuestra patria y la cuestión del re-  
conocimiento de Italia no exigía una resolución in-  
mediata, ¿por qué se ha hecho? ¿Por qué no nos ha-  
mos mantenido en la expectativa que todas las conside-  
raciones nos aconsejan? Sin embargo, dice el Gobierno  
de S. M., en un documento diplomático, que la prin-  
cipal razón porque hemos reconocido el llamado reino  
de Italia, ha sido para colocarnos en mejor situación  
de defender el poder temporal del Papa.

Señores, esto, si fuera cierto, no es propio de la po-  
lítica franca de una nación honrada, porque no es pro-  
pio ir en contra de la unidad italiana cuando parece  
que se la presta apoyo.

En cuanto á lo manifestado por el Sr. Bermúdez de  
Castro sobre habernos reservado la libertad de apre-  
ciación, sólo diré á S. S. que eso á nada conduce,  
pues la libertad de apreciación sobre lo sucesos ocu-  
rridos en Italia, ó en cualquiera parte, ni á nosotros  
ni á nadie puede impedírsela Víctor Manuel, y va-  
lería más que S. S. se hubiese reservado la libertad  
de acción. Igualmente he extrañado otra frase que  
el señor ministro de Estado asesta en uno de sus des-  
pachos, al decir que España ha estado cuatro años  
aplazando la cuestión del reconocimiento por diferen-  
cia hacia Su Santidad.

De modo, señores, que ninguna otra obligación te-  
nemos respecto al Jefe espiritual del mundo católico  
más que la de deferencia. ¡Pues el gran turco no hu-  
biera dicho otra cosa!

Queda, pues, demostrado que no ha habido razones  
de utilidad ni de conveniencia, ni mucho menos de  
urgencia para el reconocimiento de Italia.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Príncipe Pío): Habiendo  
pasado las horas de reglamento, continuará V. S. en  
a sesión inmediata.

Se suspende esta discusión.  
El señor conde de VISTAHERMOSA: Deseo hacer  
una pregunta al Gobierno de S. M. acerca de la  
estricta observancia del art. 76 de la Constitución de  
la Monarquía.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Príncipe Pío): Mañana  
podrá V. S. hacerla.

Orden del día: Continuación del debate pendiente.  
Se levanta la sesión.

Eran las cinco y cuarto.

## DOCUMENTOS DIPLOMATICOS sobre los asuntos de Italia.

(CONTINUACION.)

(Despacho telegráfico.)

El embajador de S. M. en Roma al ministro  
de Estado.

Roma, 2 de Mayo de 1865.—La negociación con  
Italia puede darse por terminada. El enviado del Rey  
Victor Manuel ha aceptado, sin dificultad, todo lo que  
ha querido este Gobierno. Mañana se reunirá, proba-  
blemente por última vez, con el Cardenal Antonelli,  
para extender y trasladarse uno á otro los documen-  
tos en que constará todo, que serán en forma de car-  
tas. Su Santidad está muy contento; no así el partido  
exagerado, que desapruueba este convenio.

(Despacho telegráfico.)

El embajador de S. M. en Roma al ministro  
de Estado.

Roma, 5 de Mayo de 1865.—El enviado italiano ha  
partido de Roma, para conferenciar con su Gobierno,  
del cual le venían algunas dificultades. Está de acuerdo  
con el Cardenal Antonelli en todos los puntos de  
la negociación. Espera volver pronto para cerrarla de-  
finitivamente. Aquí están contentos, y él también lo  
va. Se quejaba de que en Turin no le comprendían  
sin largas explicaciones, y ha querido dadas de pa-  
labra.

El embajador de S. M. en Roma al ministro de  
Estado.

Roma, 6 de Mayo de 1865.—Excmo. Sr.—En mi  
despacho núm. 54 manifesté á V. E. que había llega-  
do á esta corte el Sr. Vegezzi, enviado del Rey Victor  
Manuel, y que había sido recibido por Su Santidad.  
En mis telegramas posteriores, de los que acompaño  
copias bajo los números 1, 2, 3 y 4, le he dicho el es-  
tado de esta negociación, según las noticias de buen  
conducto que me han ido llegando sucesivamente. Hoy  
debo darlas alguna más amplitud, é fin de que V. E.  
tenga conocimiento de lo que ha ocurrido y ocurre en  
un asunto tan importante.

El enviado italiano se presentó en esta con las me-  
jores disposiciones. Desde luego expresó á Su Santidad,  
y confirmó después al Cardenal Antonelli, que  
venía con ánimo de orillar satisfactoriamente el ne-  
gocio. A cuantas exigencias se le hicieron, á todas  
accedió. Cuando él inició alguna, y encontró resisten-  
cia, la abandonó sin vacilar. Así es como en que  
los Obispos desistieron, por regla general, volviendo  
á sus diócesis, exponiendo Vegezzi únicamente que  
había dos ó tres á los cuales no les convenía volver,  
por interés propio. Así, se resolvió que los nombrados  
fuesen á sus diócesis, no todos de una vez, sino paulati-  
namente, como el Cardenal Antonelli propuso. Así, se  
quedó de acuerdo en que, para las sedes vacantes de  
Piamonte, el Gobierno de Victor Manuel propendría  
según el Concordato, y para las restantes de Italia  
(incluida la Lombardía, por ahora, y en tanto que no  
precediera una convención particular á fin de trasla-  
dar el patronato austriaco al Gobierno piamontés, á  
quien está legítimamente cedido aquel territorio); y  
para las restantes, repito, nombraría Su Santidad li-  
bremente, y á las personas que estimase oportunas.

El Sr. Vegezzi solicitaba que los nombramientos reca-  
yeran preferentemente en Sacerdotes romanos, con el  
objeto de que fuesen extraños los nombrados á las  
cuestiones de localidad; pero el Cardenal se negó á  
ello, no queriendo causar perjuicio al Clero de cada  
región, y aquel cedió de la indicación que presentaba.  
Mas notable fué la concesión hecha por el represen-  
tante sardo, de que los Obispos no prestasen por esta  
vez juramento alguno; circunstancia que aprecia-  
rá V. E. en su gran valor. Discutiéronse, después de  
esto, cuestiones accesorias, como la de los Seminarios,  
la del matrimonio civil, la de supresión de Ordenes  
religiosos. Respecto á lo segundo, el matrimonio civil,  
el Sr. Vegezzi manifestó que la ley acababa de dictar-  
se, y aunque él la había combatido en la Cámara, re-  
conoció que era imposible dejarla sin efecto, más que  
el Gobierno dictaría medidas para que no produjese  
las dificultades y embarazos prácticos que indicaba el  
Cardenal. Sobre las Ordenes religiosas, ofreció que se  
retiraría el proyecto de ley, y así sabe V. E. que se ha  
ejecutado. Por último, en la cuestión de los Semina-  
rios, que no era tal cuestión sino por haberlos con-  
vertido en liceos, no sé que arreglo ofreció, pero in-  
dudablemente ofreció alguno.

A vista de tales hechos, y en especial de la disposi-  
ción general de convenir en todo, haciendo observa-  
ciones sobre las consecuencias prácticas que cada  
punto podía tener, más sin oponerse á nada que esta  
corte quisiera, V. E. comprenderá cuál habrá sido la  
alegría del Padre Santo, y la de todos los que no per-  
tencen á partidos exagerados é intransigentes. No  
necesito decir á V. E. que, tanto Su Santidad como  
el Cardenal Antonelli, han dicho y repiten desde el  
primer momento, que este será un arreglo puramente  
eclesiástico, y que nada hay ni habrá cambiado en  
política. Sin embargo, el buen sentido general siente  
por instinto que algo y mucho se cambia cuando se  
trata de ese modo con un Gobierno excomulgado, y  
que, si no es un primer paso, es un paso preparatorio,  
un paso que era indispensable para otras cosas.

Ahora réstame decir á V. E. la última situación de  
este asunto. El Gobierno piamontés, ó no ha entendi-  
do á su comisionado, como este dice, ó ha puesto al-  
guna dificultad para que termine su obra. A conse-  
cuencia de comunicaciones telegráficas y de la venida  
de un correo, el Sr. Vegezzi ha salido ayer de Roma,  
no sé si para Florencia ó para Turin, á fin de confe-  
renciar con el ministro Vaca. Ha dicho que no cree  
encontrar sería dificultad para dar término á su nego-  
ciación, que todo es falta de inteligencia en el ex-  
presado ministro, y que de palabra y silla á silla arregla-  
rá con él el asunto. Cree volver, ó así lo asegura,  
dentro de pocos días.

Yo me inclino también, Excmo. Sr., á esta creen-  
cia. Cuando el Sr. Vegezzi se ha presentado aquí en  
la disposición en que lo hizo, es imposible suponer  
que haya obrado por su sola idea, y sin traer, al ménos  
en las cosas esenciales, el pensamiento de su Go-  
bierno. Puede ser que alguna cuestión pequeña no  
estuviese prevista, y que en ella hubiera ido más allá  
de lo que el Gabinete Lamarmora deseaba; pero en  
el fondo, pero en lo grande é importante, no parece  
natural que haya faltado á sus instrucciones. Y si es-  
to es así, y si Francia acepta con avidez la idea de un  
arreglo, ¿podrá rechazarlo hoy, romperlo hoy aquel  
Gabinete, desaprobando lo que ha hecho por él y en  
su nombre la persona que él envió? ¿No quedaría  
muy mal el Gobierno italiano ante la opinión pública  
y no quedaría muy bien el Sumo Pontífice, que des-  
pués de haber iniciado noblemente la negociación,  
resultaría que no había pedido ninguna cosa que no  
hubiese aceptado el representante del Rey Victor Ma-  
nuel?

De cualquier modo, los hechos no pueden tardar  
muchos días sin poner absolutamente en claro la ma-  
teria, haciendo que tengan completo éxito, ó que se  
rompan estas negociaciones.

Dios, etc.—(Firmado).—J. F. Pacheco.

El encargado de Negocios de España en Turin al  
ministro de Estado.

Turin, 9 de Mayo de 1865.—Excmo. señor.—Muy  
señor mío: El Sr. Vegezzi ha regresado, hace pocos  
días, de Roma. Parece que viene muy satisfecho de la  
acogida que se le ha hecho por Su Santidad y por el  
Gobierno romano, pero que su misión no ha dado  
hasta ahora resultado alguno positivo: trae consigo y  
ha presentado á este Gobierno una lista de preguntas,  
relativas todas á la cuestión de los obispos, única  
de que se ha tratado durante su permanencia allí.  
Como tuve la honra de informar á V. E. en mi des-  
pacho núm. 50, la dificultad principal consiste en la in-  
stalación de los Prelados en las Marcas y en Umbria,  
exigiendo este Gobierno que presten juramento á su  
majestad el Rey de Italia, á lo cual no accede natu-  
ralmente el de la Santa Sede, así como tampoco á la  
diminución del número de diócesis existente en la  
actualidad, que era uno de los puntos que se fijaban  
en la carta de este Soberano. Además, para que un  
acuerdo pueda realizarse, será preciso que el Gobier-  
no romano acepte el derecho público eclesiástico y las  
leyes especiales en vigor en el reino de Italia, que  
este Gobierno está decidido á mantener, como lo  
prueba el contenido de una circular que el ministro  
del Interior ha dirigido á los prefeitos, explicando las  
razones que el Gabinete ha tenido para retirar el pro-  
yecto de ley relativo á las corporaciones religiosas,  
acto que algunos suponen estar en relación con la mi-  
sión confiada al Sr. Vegezzi. En este documento, el  
ministro declara que, al entrar en negociaciones con  
la Santa Sede, el Gobierno no se separará de los prin-  
cípios fundamentales en que descansa la política del  
reino italiano, no teniendo otra intención que la de  
conciliar los intereses especiales de la Iglesia con los  
del Estado, sin que para esto se pueda suponer que  
el Gobierno ha olvidado en manera alguna el deber  
de poner en salvo los derechos y las leyes del Estado  
y las prerogativas de la Corona, y de mantener intactas  
y reservadas las cuestiones políticas que se ligan  
ó se quieren confundir con la cuestión religiosa. A  
pesar de esto, no se consideran aquí rotas las nego-  
ciaciones, sino suspendidas, hasta que el Sr. Vegezzi  
reciba nuevas instrucciones para regresar á Roma,  
después de examinadas las preguntas de que ha sido  
portador.

Dios, etc.—(Firmado).—Mariano R. Zurco del  
Valle.

El embajador de S. M. en Roma al ministro de  
Estado.

Roma, 22 de Mayo de 1865.—Excmo. Sr.—Muy  
señor mío: Poco puedo decir á V. E. en este des-  
pacho de hoy. No hay novedad alguna en la vida tran-  
quila de esta corte. La salud del Padre Santo es siem-  
pre buena. Se prepara á pasar una temporada en Cas-  
tel Gandolfo, donde se encontró bien el año último,  
y de donde volvió muy aliviado en las dolencias que le  
aquejaban.

El Sr. Vegezzi no ha vuelto aun de Turin ó Flo-  
rencia, pero se le aguarda próximamente. Lo que allí  
haya pasado ó pase, no soy yo quien lo pueda conocer  
con mejores datos. Aquí se cree que ha habido algu-  
nas dificultades, más que no han sido invencibles. Las  
personas que deben estar bien informadas esperan  
siempre con confianza.

Ha estado algunos días en esta capital, y parece  
debe marchar hoy, el conde de Revel, personaje po-  
lítico importante del reino italiano. Algunos, muchos,  
han querido ver misterio político en su venida. Ade-  
más de que esto habría sido muy improbable, no con-  
viéndose que se valiese de tal comisionado el Go-  
bierno sardo, tengo noticias de que no hay en ello la  
menor exactitud. El Sr. Revel ha casado una hija, y  
va á pasar con ella algunas semanas en Nápoles. Que  
haya hablado con el Cardenal Antonelli, ya por su  
propia cuenta, ya en nombre del partido católico pia-  
montés, es posible y aun natural; que lo haya hecho

por encargo del ministerio Lamarmora, ni debe ser,  
ni parece que sea cierto.

Entre algunas personas de las que rodean al Sumo  
Pontífice, ha nacido la idea de que el Emperador Na-  
poleón podrá tocar en esta corte á su vuelta de la Ar-  
gentina. Se me asegura que no hay datos reales para  
suponerlo, y que sólo es una cavilación; pero, de  
cualquier manera, sé que se están haciendo prepara-  
tivos, á fin de si ocurre la llegada pueda alojarse con  
decencia á tan ilustre huésped. Entre el pueblo corre  
la voz de que el Emperador y el Papa se avistarán en  
Porto d'Anzio; más esto es completamente un dicho  
popular; no hay hasta ahora otra cosa que la que he  
manifestado á V. E.

Concluiré exponiendo á V. E., por más que sea sa-  
lirme un poco de mi especialidad, que la situación de  
Italia es sumamente grave, y da lugar á serias apre-  
hensiones. El brigandaje de Nápoles, lejos de concluir,  
ha aumentado en esta primavera; y si bien no ofrece  
un peligro para aquel Gobierno, causa siempre desaso-  
sego y embarazo. Más grave es el estado de Sicilia,  
donde parece inminente una sublevación. Y por últi-  
mo, los hombres racionales y templados temen muy  
de veras que en las próximas elecciones triunfe en  
toda Italia el partido de acción, hasta hacer imposi-  
ble toda solución prudente. De todo esto supongo enterado  
á V. E. por las personas que directamente deben  
informarle, pero no creo que hay mal alguno en que  
yo también se lo diga.

Dios, etc.—(Firmado).—J. F. Pacheco.

El embajador de S. M. en Roma al ministro de  
Estado.

Roma, 7 de Junio de 1865.—Excmo. Sr.—Muy se-  
ñor mío: Ninguna novedad importante ha ocurrido en  
esta corte desde la última estafeta. La salud del Sumo  
Pontífice continúa siendo excelente. Su Santidad no  
tendrá Consistorio en este mes, ya porque no hay co-  
sa alguna urgente que declarar, ya porque no quiere  
celebrarlo hasta ver la conclusión de las negocia-  
ciones pendientes con Italia. Al comendador Vegezzi se  
le espera mañana, según sus avisos de Turin, y su-  
poniendo que no se haya detenido en Florencia.

Del inmediato país de Nápoles, sólo puedo decir á  
V. E. que el brigandaje es tal, que no ha sido posible  
establecer en las ferro-vías comunicaciones de noche,  
por el temor de que fuesen detenidos y robados los  
trenes.

Dios, etc.—(Firmado).—J. F. Pacheco.

El embajador de S. M. en Roma al ministro de  
Estado.

Roma, 22 de Junio de 1865.—Excmo. señor.—Muy  
señor mío: Por el telegrafo expuse á V. E., en des-  
pacho del 14, tan compendiosamente como era nece-  
sario, el estado de la negociación italiana. Hoy ex-  
tenderé aquellas indicaciones, y le manifestaré el que  
tiene en la actualidad, según mis noticias.

Había dicho á V. E. que durante el primer período  
de esta negociación todo se presentaba favorable y  
hacia augurar un buen resultado. El señor Vegezzi  
no oponía dificultad alguna á los deseos del gobierno  
Pontificio, y había llegado á abandonar hasta la cues-  
tión del juramento de los Obispos y del *exequatur*  
respecto á sus bulas.

Mas en Turin encontraron que iba demasiado le-  
jos. De aquí, contestaciones entre el mismo señor  
Vegezzi y aquellos ministros, y por último la mar-  
cha del negociador, para ponerse de acuerdo con sus  
mandantes.

Cuando, después de veinticinco días de ausencia,  
volvió á Roma, las cosas no estaban tan fáciles, ni el  
porvenir se presentaba tan lisonjero. En primer lu-  
gar, el mismo no había podido convencer al gobierno  
italiano, por lo ménos en su totalidad, y traía órden  
de insistir en que los nuevos Obispos jurasen fide-  
lidad á Victor Manuel. Y en segundo, la atmósfera  
de esta corte se había agitado fuertemente para pre-  
disponer al Sumo Pontífice contra la negociación. El Rey  
de Nápoles, como V. E. puede concebir, veía en su  
éxito un golpe á sus pretensiones. El embajador de  
Austria la combatía con recato, pero vivamente. El  
partido reaccionario, que capitanea Monseñor de Me-  
rode, hacía lo posible por alarmar con sus conse-  
cuencias, á fin de desbaratarla. Hasta muchos de los  
Obispos nombrados por Su Santidad, que residen en  
Roma, vetaban con disgusto su cambio de domicilio, y  
empleaban su influencia en el sentido que voy ex-  
poniendo.

Como quiera que sea, cuando el negociador italiano  
se presentó por segunda vez, el embarazo ha sido  
mayor que antes; y si no se rompió desde luego, co-  
mo corrieron voces, por lo ménos todos pudieran tem-  
er que concluiría por una ruptura. Su Santidad, que  
por espíritu verdaderamente italiano, . . . . . y  
por último, por llevar adelante y á cabo lo que ha  
nacido de su religioso pensamiento, desea concluir  
bien la cuestión; Su Santidad, repito, ha pasado días  
amargos y tenido momentos de gran tristeza. Los que  
le rodean le han oído decir que más valía morir que  
presenciar tales cosas. En cuanto al Cardenal Anto-  
nelli, sabe escribir demasiado bien su pensamiento,  
y no ha dado ocasión para que, con motivo, se le ta-  
che de favorable ni de adverso á esta negociación. A  
mí me parece que no le agrada en el fondo de su es-  
píritu, porque ve que Monseñor Berardi no le mira  
con buenos ojos.

En semejantes circunstancias puse á V. E. el des-  
pacho telegráfico. Mi opinión particular, bien indica-  
da en él, consistía en que, oblicuamente y de un mo-  
do que no nos comprometiera, debía yo motrarme  
favorable al acuerdo, y hacer lo poco que me fuese  
dado para ayudarlo. Confío en que V. E. habrá com-  
prendido mis razones, cuando me ha autorizado para  
ello, y excuso por lo mismo el extenderme en presen-  
tarias. Sólo diré que, obrando de este modo, atende-  
mos á la razón religiosa, que para España siempre es  
importante; favorecemos la idea justa y natural del  
Sumo Pontífice; y contribuimos á una política verda-  
deramente española, la de crear una Italia monár-  
quica y fuerte, la cual sólo puede existir cuando  
sea amiga del Pontificado, y no más sujeta al Gabi-  
nete de las Tullerías que al Gabinete de Viena. La  
existencia de Italia, si llega á realizarse, será un bien  
notorio para nosotros.

Pero, dejando estas consideraciones y volviendo á  
los sucesos, diré á V. E. que los temores á que aludí  
antes no se han verificado hasta el día, y que aún hay  
y puede haber justas esperanzas de que todo se ar-  
regle. El Sr. Vegezzi ha insistido con su Gobierno, á  
fin de que rebaje sus exigencias. En el círculo del Pa-  
pa hay personas que están dispuestas á ceder un p-

ro. Registrando antecedentes, se ha encontrado que  
Pío VII autorizó, sesenta años há, á los Obispos de  
Umbria para que prestasen cierto juramento *negati-  
vo* á Napoleón I, y la idea de hacer algo semejante, se  
ha propuesto como un medio de transacción.

Hoy 22 debe volver de Florencia el correo despa-  
chado por el Sr. Vegezzi. Hoy debe tener también su  
audiencia el Papa este personaje. Si á última hora  
me llega alguna noticia, la pondré en conocimiento de  
V. E. Entre tanto yo aguardo sus instrucciones, ha-  
biéndome limitado hasta ahora á recomendar al nego-  
ciador italiano que su Gobierno debe ceder, porque  
nada le interesa tanto como poner la primera piedra  
para un arreglo con Roma; y á pedir al mismo tiempo  
á las personas influyentes de esta corte que no se  
nieguen á un acuerdo y á una transacción, que les ha  
de dar más seguridad moral que los 10,000 franceses  
del castillo de Sant-Angelo.

Dios, etc.—(Firmado).—J. F. Pacheco.

(Despacho telegráfico.)

El embajador de S. M. en Roma al ministro de  
Estado.

Roma, 26 de Junio de 1865.—E\* enviado italiano ha  
partido esta tarde para Florencia. Su negociación no  
ha tenido éxito. Algunos dicen que queda pendiente;  
aquí la dan por rota.

(Despacho telegráfico.)

El embajador de S. M. en París al ministro de  
Estado.

París, 27 de Junio de 1865.—Según todas las noti-  
cias que llegan de Italia, las negociaciones pendientes  
continúan, y sin duda tendrán algún éxito, á pesar de  
las oposiciones de los partidos extremos. Los dos So-  
beranos lo desean, Antonelli conoce la gran falta de  
dicero y la necesidad de encontrarlo. Sin duda el  
momento es oportuno para que las Potencias católicas  
traten de entenderse, como he venido diciendo al Go-  
bierno desde el 27 de Marzo, 13 de Abril y sucesiva-  
mente.

El ministro de Estado al embajador de S. M. en  
París.

Madrid, 1.º de Julio de 1865.—Excmo. Señor.—  
En la primera parte de su telegrama de 27 del mes  
próximo pasado, anuncia V. E. que las negociaciones  
entre Su Santidad y el enviado de S. M. el Rey Victor  
Manuel, tendrán, sin duda, algún éxito, á pesar de la  
oposición de los partidos extremos.

Esta noticia, que V. E. considera exacta y segura,  
se encuentra en contradicción con la que me comuni-  
có por telegrafo, el día 26 de dicho mes, el embajador  
de S. M. en Roma, sobre el rompimiento de las indi-  
cadas negociaciones, que se daba por cierto en  
aquella capital; y tratándose de un asunto que, si ha  
inspirado desde su origen un vivo interés al Gobierno  
de S. M., merece hoy su más preferente atención, se  
hace necesario que V. E. se sirva manifestarme con la  
brevedad posible las razones que puedan haberle indu-  
cido á esperar algún éxito en la grave cuestión de  
que se trata, después de haberse ausentado de Roma  
el comendador Vegezzi.

Ciertamente que ha podido referirse el telegrama  
del Sr. Pacheco á un estado de las negociaciones, que  
se modificara ó cambiara después; pero, no habiendo  
rectificado sus últimas noticias sobre la ruptura de  
aquellas, la suposición indicada no es admisible, y ha  
lugar á dudar sobre la exactitud de uno de los dos te-  
legramas que motivan esta comunicación.

En el segundo párrafo del que V. E. me ha diri-  
gido, se indica como causa que puede haber determi-  
nado un arreglo de la cuestión, la falta de dinero en  
el tesoro romano; y también sobre esto desea el Go-  
bierno de S. M. que V. E. se sirva hacer las oportu-  
nas aclaraciones, porque no conoce, ni presume, cuáles  
sean los motivos que pueda ofrecer á la Santa Sede  
el arreglo de la cuestión eclesiástica en Italia, para  
aumentar los recursos del erario romano; y ménos  
acierta á explicar cómo la escasez de ellos y la necesi-  
dad de procurárselos hayan influido en el éxito de las  
negociaciones mencionadas, cuando el convenio fran-  
co-italiano, que descargaba á los Estados Pontificios de  
una parte de su deuda, no ha sido aceptado aún por  
Su Santidad.

Acaso el laconismo que requieren las comunicacio-  
nes por telegrafo habrá impedido á V. E. exponer las  
razones que aclaran por completo el sentido de su re-  
ferido telegrama; y siendo de la mayor importancia  
su perfecta inteligencia, espero del acreditado celo  
de V. E. que me participe, sin pérdida de tiempo,  
cuanto estime conducente á la aclaración de las dudas  
que se han ofrecido al Gobierno de S. M.

De Real orden, etc.—(Firmado).—M. Bermúdez  
de Castro.

El embajador de S. M. en París al ministro de  
Estado.

París, 4 de Julio de 1865.—Excmo. señor.—Muy  
señor mío: He recibido el despacho de V. E. de 1.º  
del corriente, en que me pide le manifeste, con la bre-  
vedad posible, las razones que pueden haberme indu-  
cido á esperar algún éxito en la grave cuestión de las  
negociaciones pendientes entonces en Roma. Decía  
á V. E. en mi telegrama que eran noticias recibidas  
de Italia; y ahora debo añadir que tomadas por mí en  
el ministerio de Negocios extranjeros, en las conver-  
saciones tendidas con el cuerpo diplomático y en los  
informes que me habían dado sobre las buenas dispo-  
siciones con que Su Santidad y el Rey Victor Manuel  
negociaban. No me he equivocado en la esperanza de  
que las negociaciones tendrían algún éxito, como lo  
prueba la concesión hecha por el Piamonte para que  
los Obispos ausentes puedan volver á sus diócesis.  
Confirmando esto además con la grande esperanza que  
todos tienen de que pronto tendrán las negociaciones  
mejor resultado, no habiendo podido romperse á pesar  
de los grandes obstáculos que se presentaron; y es  
hoy opinión general que están sólo aplazadas, con es-  
peranzas de buen éxito cuando se vuelvan á entablar.

Nada tiene de extraño, por más que yo lo sienta,  
que el embajador de S. M. en Roma y yo, á una dis-  
tancia tan grande como la que media entre aquella  
corte y París, tuviésemos noticias diferentes en un  
asunto tan grave, que tanto apoyan y combaten dife-  
rentes partidos. Diré á V. E., como prueba de esto,  
que este ministro de Negocios extranjeros recibió una  
carta de un personaje importante de Roma, en la que  
se le decía que, según Mr. Vegezzi, las negociaciones  
habían logrado éxito, y según lo dicho el mismo día  
por el Cardenal Antonelli habían fracasado. Vea V. E.  
cómo yo puedo bien no haber dicho lo mismo que e-

Sr. Pacheco, cuando el mismo día, y en Roma, esta-  
ban tan descorados los dos negociadores, personas tan  
importantes como Mr. Vegezzi y el Cardenal Anto-  
nelli.

Desea V. E. también que dé las oportunas aclara-  
ciones sobre mi creencia de que la falta de dinero del  
tesoro romano pudiera haber influido en el arreglo de  
la cuestión. Creía yo, y conmigo varias personas polí-  
ticas, que desde el momento en que el Papa apare-  
ciese en vías de conciliación con Italia, su seguridad  
material se consolidaría, y el crédito, alejado por el  
temor de próximos conflictos y trastornos, facilitaría  
al Gobierno romano el aumento de sus recursos, al  
mismo tiempo que, disminuyéndose los peligros de un  
ataque ó invasión, también se disminuirían los nece-  
sarios gastos de defensa.

Me opone V. E. que, si hubiese existido esa nece-  
sidad de recursos, el Gobierno Pontificio hubiera po-  
dido aceptar el convenio franco-italiano, que descar-  
ga á los Estados del Papa de una parte de su deuda.  
Pero la aceptación de este tratado llevaba en sí el  
reconocimiento del estado de independencia de los  
Estados Pontificios que habían formado parte del ter-  
ritorio de la Santa Sede, á lo que Su Santidad se ha  
resistido hasta ahora.

Celebraré que estas explicaciones puedan satisfacer  
las dudas de V. E.

Dios etc.—(Firmado).—Alejandro Mon.

El ministro de Estado al embajador de S. M. en  
París.

Madrid, 10 de Julio de 1865.—Excmo. señor.—Por  
el despacho de V. E., núm. 209, de 4 del corriente,  
me he enterado de las razones que le indujeron á con-  
siderar la negociación seguida por Mr. Vegezzi en un  
estado más favorable que el que podía suponerse se-  
gún las noticias comunicadas por el embajador de su  
majestad en Roma.

El Gobierno de S. M. no podía prescindir, atendida  
la importancia de la cuestión de las explicaciones ne-  
cesarias para formar juicio acerca de la mayor ó me-  
nor probabilidad de éxito en las negociaciones pen-  
dientes entre Su Santidad y Mr. Vegezzi; y el conte-  
nido del citado despacho de V. E. demuestra la necesi-  
dad de la Real orden que lo motiva, puesto que  
viene á ser fundamento de razonables esperanzas, que  
el telegrama de V. E. no permitiera concebir, hallán-  
dose en contradicción con el Sr. Pacheco respecto del  
mismo asunto.

De Real orden, etc.—(Firmado).—M. Bermúdez  
de Castro.

## MERCADO DE MADRID.

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

10976 arrobas de trigo.  
1119 arrobas de harina de idem.  
10783 arrobas de carbon.  
412 vacas que componen 47593 libras de peso.  
354 carneros que hacen 7828 libras de peso.  
116 cerdos degollados que hacen libras de pe-  
so 25386.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL  
DIA DE AYER.

	Reales vellon arroba.	Quarto idra.
Carne de vaca. . . . .	51 á 52	26 á 36
Id. de carnero. . . . .	» á 28	26 á 36
Id. de cordero. . . . .	» á 28	» á 36
Id. de ternera. . . . .	90 á 98	» á 60
Despojos de cerdo. . . . .	» á 4	» á 4
Tocino ahumado. . . . .	90 á 94	30 á 28
Id. fresco. . . . .	» á 4	» á 4
Id. en canal de cerdo. . . . .	62 á 66	» á 4
Lomo. . . . .	» á 4	45 á 50
Jamon. . . . .	124 á 134	51 á 60
Acetate. . . . .	66 á 69	18 á 20
Vino. . . . .	40 á 44	12 á 14
Pan de los libras. . . . .	» á 4	11 á 13

PRECIOS DE CAFES EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo. . . . . de » á 42 Rs. vs.  
Cebada. . . . . de » á 23 id.  
Algarroba. . . . . de » á 22 id.

## FONDOS PUBLICOS.

CAMBIO AL CORRIENTE.

|--|